

Theotonio Dos Santos

CONCEPTO DE CLASES SOCIALES



Biblioteca Virtual

OMEGALFA

2021

Ω

Concepto de clases sociales

Theotonio Dos Santos

Versión original:

Dos Santos, Theotonio (1973), *Concepto de clases sociales*,
Buenos Aires, Argentina, Edit. Galerna. Primera edición,
Santiago de Chile, PLA

Maquetación: Demófilo
Enero, 2021

Edición no comercial, realizada sin ánimo de lucro
con una finalidad cultural.

Libros Libres

Biblioteca Virtual
OMEGALFA
2021
Ω

Índice

Prólogo

- I. Orígenes históricos del concepto
- II. Críticas al rigor conceptual de Marx
- III. Cómo captar el concepto de Marx
- IV. Los niveles del concepto de clases (I)
- V. Los niveles del concepto de clases (II)
- VI. La conciencia de clase (I)
- VII. La conciencia de clase (II)
- VIII. Intento de conceptualización
- IX. Cómo investigar las clases

Anexos

Anexo 1

Anexo 2

Anexo 3

Anexo 4

PRÓLOGO

¿Cuántas clases existen en la sociedad? ¿Cómo se las define y determina? A estas y otras cuestiones que emanan de dichos interrogantes responde el libro de Theotonio Dos Santos que publicamos.

El texto corresponde a las posiciones del autor expuestas en el Seminario sobre Clases Sociales que realizó el Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO) de la Universidad de Chile en 1966.

El autor, actualmente Director del CESO, aborda el tema a partir de la crítica a dos sociólogos en cuyos trabajos han intentado demostrar que el pensamiento de Marx es, en cuanto a la definición y uso del concepto *clases sociales*, contradictorio. Tanto Georges Gurvitch como Stanislaw Ossowsky, los sociólogos de referencia, caen en deformaciones mecanicistas al analizar a Marx, lo que es una constante en los buenos y malos teóricos no marxistas.

El mérito del trabajo de Theotonio Dos Santos, sin embargo, supera la simple puesta en evidencia de las debilidades de Gurvitch y Ossowsky, entregando una clarísima sistematización sobre el camino teórico que realiza el marxista para definir las clases sociales.

En el Anexo se incluyen cuatro textos de Marx y Engels, en los que los fundadores del socialismo científico abordan el problema de las clases sociales en su nivel más abstracto, es decir, en su nivel teórico más puro.

Estos textos han sido tomados de la edición de El Capital de Fondo de Cultura Económica, Cuarta Edición, 1966; de

La Ideología Alemana, *Ediciones Pueblos Unidos, 1968*; y *del Prólogo a Contribución a la Crítica de la Economía Política, 1857, editado por Cuadernos de Pasado y Presente, Sexta Edición, 1972.*

El Editor

I.

ORÍGENES HISTÓRICOS DEL CONCEPTO

El concepto de clase social no fue una creación del marxismo. Desde la antigüedad griega, por ejemplo (y aún se pueden encontrar documentos egipcios donde se plantea la existencia de clases en la sociedad), Aristóteles divide la sociedad en esclavos y hombres libres. Además, en la *Política* divide los ciudadanos en pobres, clase media y ricos. En este mismo libro, Aristóteles establece relaciones entre formas de gobierno y predominio de ciertas clases sociales. También entre los patriarcas de la Iglesia, según Ossowsky^[1], era bastante nítida la conciencia de una sociedad esclavista que se presentaba junto a la idea de la igualdad social. *Los actos de los Apóstoles* y el *Nuevo Testamento* están llenos de referencias a las clases sociales, siempre observadas desde el punto de vista de la relación pobres y ricos o de las relaciones esclavistas.

Santo Tomás dividía la sociedad en órdenes sociales bastante rígidos, que reflejaban la cristalización de la jerarquía feudal en la alta edad media. Lo mismo, ciertamente, se podría constatar al estudiar la tradición cultural del Oriente y del Mundo Árabe.

En vísperas de la Revolución Francesa, la percepción de la existencia de clases sociales era bastante aguda. La representación de los tres órdenes sociales se tornó un elemento

¹ Stanislaw Ossowsky , *Estructura de clases y conciencia social*. Ed. Península, Barcelona, 1969.

bastante claro de la conciencia social. En Babeuf, vamos a encontrar una representación muy clara de la lucha de clases como factor determinante de la lucha política. Su interpretación de la Revolución Francesa, de las constituciones por ella promulgadas y su visión de la sociedad futura, estuvieron profundamente marcadas por la noción de la lucha de clases.

La economía burguesa con Adam Smith elaboró una clara visión de las clases fundamentales de la sociedad burguesa basada en su función económica. Las clases agraria, industrial y asalariada hallaban su origen en las fuentes básicas de la renta: la tierra, el capital y el trabajo.

Saint-Simon veía la sociedad dividida en dos clases: la clase industrial y la clase ociosa. Y Proudhon llegó claramente a la idea de la propiedad como origen de la división de la sociedad en clases. Idea que también existía de modo más impreciso en Rousseau.

Como se puede notar, en el siglo XIX el concepto de clase se identifica con el funcionamiento mismo de la sociedad. Lo que va a hacer Karl Marx es exactamente dar al concepto de clase no sólo una dimensión científica sino también atribuirle el papel de base de explicación de la sociedad y de su historia.

Sin embargo, a pesar de la importancia fundamental del concepto de clases sociales en la obra de Marx, no va a recibir el tratamiento sistemático y riguroso que ha dado a otros conceptos. Su obra maestra, *El Capital*, quedó interrumpida exactamente en el capítulo en que empezaba a tratar de las clases sociales. Además, en muchas obras anteriores Marx emplea este concepto, a veces sin mucho rigor, lo que originó una serie de confusiones sobre su verdadero sentido. Por fin, hay que imaginarse que Marx, como todo

pensador, desarrolló este concepto en el transcurso de sus investigaciones, lo que implica que lo fuera sistematizando progresivamente.

Todos estos hechos dieron origen a gran número de confusiones acerca de este concepto, confusiones que, en general, están vinculadas a la interpretación del propio pensamiento marxista. Seleccionamos dos críticas que se fundamentan en el carácter contradictorio que el concepto de clase revestía en Marx. Creemos que la tarea de aclarar estas aparentes contradicciones es fundamental para poder llegar a un concepto científico de las clases sociales.

II.

CRITICAS AL RIGOR CONCEPTUAL DE MARX

1. Georges Gurvitch

La primera crítica detenida de las contradicciones del concepto de clases de Marx la encontramos en Georges Gurvitch^[2].

Gurvitch parte de la distinción entre filosofía de la historia y sociología. Para él, solo en la medida en que se establece esta diferencia se logra constituir la ciencia social. Según él, Marx no logró determinar claramente tal diferencia. Hay en su visión de la sociedad la tensión entre el científico y el filósofo social, lo que la conduce a una escatología. Particularmente, su concepto del papel histórico del proletariado estaría marcado por esta visión escatológica de un fin de la historia: el comunismo. El proletariado se transforma así en un ente metafísico que lleva una “misión histórica” que la filosofía social le atribuye.

Una segunda crítica se refiere a la diversidad de los conceptos de clase que se presentan en la obra de Marx. En primer lugar, Marx no logra, según Gurvitch, establecer nunca con claridad si la conciencia de clase es o no un elemento necesario a la definición de una clase social. Algunas veces, la

² Georges Gurvitch, *El Concepto de Clases Sociales desde Marx a Nuestros Días*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1973.

presencia de la conciencia de clase aparece como un elemento decisivo para la existencia de la clase social; otras veces aparece la clase social sin manifestación de esta conciencia. En segundo lugar, cree que Marx no logró definir con claridad en qué la clase social se distingue de los otros agrupamientos como las castas, estamentos, etc. De ahí la imposibilidad de Marx de responder claramente a la pregunta: ¿Las clases han existido siempre?

Pues sí, por una parte, habla de clases en toda la historia humana letrada, por otra plantea ciertas características de las clases sociales que las distinguen como un agrupamiento exclusivo de la sociedad industrial moderna. Una tercera crítica se refiere a la cantidad de clases que Marx distingue en sus obras. Plantea que Marx distingue numerosas clases en la sociedad moderna, sin lograr definir las relaciones que mantienen entre sí las diversas clases y cuáles son sus relaciones con los otros agrupamientos sociales modernos. Según él, Marx no logró nunca definir con claridad el papel de ciertos agrupamientos como la pequeña burguesía, la burocracia, etc.

La cuarta crítica se dirige al concepto de ideología. Pregunta Gurvitch: ¿Al final, según Marx, las ideologías son ilusiones de la conciencia o son mistificaciones conscientes? ¿La ideología corresponde a una toma de posición, a la conciencia de clase o se trata de una justificación doctrinal del comportamiento real de las clases? ¿En qué se distingue la ideología de lo que Gurvitch llama las “obras objetivas” de la conciencia (religión, moral, derecho, etc.)? ¿Serán estas “obras objetivas” ideológicas también? Por fin, parece que para Marx las ciencias humanas (excepto la economía política), el conocimiento filosófico, la religión, etc., son también ideologías.

La conclusión de Gurvitch es que Marx no tiene un concepto muy riguroso de clases sociales y que hay una tensión en su obra entre la sociología y la filosofía social que le impide llegar a un concepto correcto. Esto, sin embargo, para él no negaría la importancia del descubrimiento del concepto de clase por Marx. Sostiene que es necesario, sin embargo, precisar este concepto liberándolo de las contradicciones de Marx.

No es nuestro objetivo en este momento estudiar las soluciones que ofrece Gurvitch para estos problemas. Lo que pretendemos al exponer los resultados de nuestra investigación teórica del concepto de clases sociales en Marx, es exactamente mostrar la falsedad de estos planteamientos de Gurvitch, que aparecen bajo otras formas en varios autores. Junto con mostrar que las confusiones no son más que frutos de la incomprensión de Gurvitch del universo teórico de Marx, haremos la crítica de sus críticas así como de las “soluciones” falsas de los falsos problemas que plantea. Antes de iniciar este trabajo debemos discutir a Stanislaw Ossowsky que complementa el cuadro de las críticas al rigor mismo del concepto de clases en Marx.

2. Stanislaw Ossowsky

El sociólogo polaco Stanislaw Ossowsky, es el autor de un sugestivo estudio sobre la estructura en la conciencia social^[3]. En este estudio toma tres tipos de enfoques de las clases sociales en Karl Marx.

- a) *Esquema dicotómico*. El esquema dicotómico es aquel que presenta las relaciones de clase como una oposición

aguda entre clase dominante y dominada. Este esquema sería privilegiado por Marx en el *Manifiesto Comunista*, al destacar las relaciones entre explotados y explotadores en toda la historia y entre trabajadores y no trabajadores. Tal enfoque correspondería, según él, a los intereses de Marx como político que destaca los aspectos más violentos de la lucha de clases.

En *El Capital*, según Ossowsky, al seguir las motivaciones del economista, Marx enfatizó la relación dicotómica entre asalariados y capitalistas, entendidos como no propietarios. Algunas veces, sobre todo en los capítulos finales de *El Capital*, Marx habría tomado el principio de la división funcional de la renta para dividir las clases entre asalariados, capitalistas y rentistas de la tierra. En este sentido, Marx se habría fundamentado en el esquema tricotómico de Adam Smith, basado en la función productiva. Otras veces, Marx habría usado el esquema tricotómico con objetivos de análisis sociopolíticos, al diferenciar capitalistas, asalariados y pequeña burguesía (entendida ésta como los no asalariados o como trabajadores que utilizan sus propios medios de producción).

- b) Actuando como sociólogo, según Ossowsky, Marx utilizó en otras ocasiones el *esquema de gradación*, diferenciando las clases por su posición más alta o más baja dentro de una escala. Por ejemplo, distinguió algunas veces una pequeña burguesía como un sector medio por el monto de su propiedad. Otras veces diferenció otros sectores medios o clases intermedias o jerarquizó las clases en relación a la gradación de sus posesiones de medios de producción.
- c) Por fin, según el sociólogo polaco, trabajando como economista o sociólogo, Marx diferenció las clases según un

esquema funcional de acuerdo a la propiedad de fuentes de ingreso. Así presentó, por ejemplo, la lucha entre sectores de clase o entre clases dominantes de sistemas sociales distintos. Ejemplos serían la lucha entre aristocracia financiera y burguesía industrial, más pequeña burguesía (Luchas de clases en Francia e Ideología Alemana), la lucha de la burguesía contra la nobleza (*18 Brumario* de Luis Bonaparte). También Engels recurriría a este esquema funcional en su estudio de la población rural en *Guerras Campesinas en Alemania*. También el concepto de “lumpenproletariat” como un estrato social estaría basado en su función socioeconómica, o mejor aún en la ausencia de esas funciones.

En resumen, según el sociólogo polaco, Marx construyó diferentes imágenes de la sociedad conforme a los fines de su análisis. Como analista político, destacó los aspectos de la explotación, como analista sociológico o económico, estableció divisiones más complejas para encontrar correlaciones entre una estructura de clases bastante diferenciada, la superestructura y otros fenómenos. Ossowsky distingue básicamente dos enfoques posibles sobre la lucha de clases en la historia: las luchas entre opresores y oprimidos (*Manifiesto*) y/o la lucha entre clases de intereses diversos (Engels, en la Introducción a *Lucha de Clases en Francia*).

Ossowsky no niega la legitimidad de adoptar estos esquemas distintos, pero los considera como superpuestos e irreductibles a una unidad de análisis. Da como causa de las contradicciones de Marx, no una falta de rigor científico en su trabajo, sino una diferenciación de enfoque según los intereses que presiden el análisis en cada caso. Cabe sin em-

bargo hacer una pregunta: ¿Se trata de esquemas superpuestos de análisis o de diferentes planos de un mismo proceso analítico sintetizante? A esta pregunta buscaremos responder al tratar sistemáticamente el concepto de clases en Marx.

¿Hay de hecho en la obra de Marx esta diversidad de enfoques y de conceptualización de que hablan Gurvitch y Ossowsky? A primera vista parece que sí. Sin embargo, esta diversidad no tiene la forma caótica o superpuesta que presentan los autores. Al diferenciarlos y aislarlos de su contexto general de análisis, matan lo más profundo del método marxista: la dialéctica. Analizar a Marx desde el punto de vista del pensamiento analítico, como hacen éstos y la mayoría de los críticos de Marx, es matar y secar su pensamiento. Y a un Marx así destruido y deformado se puede criticar fácilmente. Sin embargo, su pensamiento gana toda la fuerza cuando se presenta erguido de pie y vertebrado por la dialéctica materialista.

III.

CÓMO CAPTAR EL CONCEPTO DE MARX

Para lograr restaurar la unidad del concepto de clases en Marx hay que hacer un camino inverso en sus obras. Hay que empezar por *El Capital* para situar debidamente el contexto en que aparece el concepto en el pensamiento de Marx. Y desde este punto de partida caminar hacia las obras anteriores donde el concepto aparece a un nivel concreto

Marx trató el concepto de clases en el último capítulo que había escrito para su libro. La ubicación del concepto en la obra nos muestra el nivel de abstracción en que Marx lo trataba. Sólo va a tratar el concepto de clases después de haber analizado el proceso de la producción del capital en el primer volumen, el proceso de circulación del capital en el segundo, y al final del estudio del proceso de producción capitalista en su conjunto. Particularmente, va a tratarlo en la sección sobre la renta y sus fuentes. Esta ubicación nos muestra que el concepto de clases surge teóricamente para Marx al nivel de la concreción del análisis de un determinado modo de producción. Es el eslabón que lo constituye de forma socialmente específica. Tomemos el texto:

“Los propietarios de simple fuerza de trabajo, los propietarios de capital y los propietarios de tierras, cuyas respectivas fuentes de ingresos son el salario, la ganancia y la renta del suelo, es decir, los obreros asalariados,

los capitalistas y los terratenientes, forman las tres grandes clases de la sociedad moderna basada en el régimen capitalista de producción”.

Así, el concepto de clases aparece aquí como la personificación de las categorías económicas centrales de un determinado régimen de producción. Pero ningún régimen de producción ha existido históricamente de una manera pura, sino mezclado a otros regímenes de producción y a otros elementos socioeconómicos de este mismo régimen que no fueron descritos en el análisis teórico. De ahí que Marx agregue a continuación:

“Es en Inglaterra, indiscutiblemente donde más desarrollada se halla y en forma más clásica la sociedad moderna, en su estructuración económica. Sin embargo, *ni aquí se presenta en toda su pureza esta división de la sociedad en clases*. También en la sociedad inglesa existen *fases intermedias y de transición* que oscurecen en todas partes (...) las líneas divisorias”[*].

Al hacer esta afirmación, Marx plantea el problema que la estructura de clases como aparece en la sociedad, empíricamente es mucho más compleja que las relaciones esenciales entre las clases de la sociedad. Sin embargo, el estudio teórico de esas clases es un elemento fundamental para comprender las tendencias de desarrollo de esta sociedad concreta. Por esto afirma que, desde el punto de vista de la investigación teórica de las clases básicas de la sociedad, el problema de la estructura empírica de clases es indiferente.

* Bastardilla del autor.

Pues trátase de determinar las tendencias que se van desarrollando con el sistema capitalista de producción.

“Esto, sin embargo, es indiferente para nuestra investigación. Ya hemos visto que es tendencia y ley de desarrollo del régimen capitalista de producción el establecer un divorcio cada vez más profundo entre los medios de producción y el trabajo y el ir concentrando los medios de producción desperdigados en grupos cada vez mayores; es decir, el convertir el trabajo en trabajo asalariado y los medios de producción en capital. Y a esta tendencia corresponde, de otra parte, el divorcio de la propiedad territorial para formar una potencia aparte frente al capital y al trabajo (...)”.

En último análisis, la determinación de las clases sociales básicas de la sociedad no es tarea de la observación empírica sino de una investigación teórica del modo de producción que la constituye. Veamos como lo plantea Marx:

“El problema que inmediatamente se plantea es éste: ¿qué es una clase? La contestación a esta pregunta se desprende en seguida de la que demos a esta otra: ¿qué es lo que convierte a los obreros asalariados, a los capitalistas y a los terratenientes en factores de las tres grandes clases sociales?”

Es decir, la cuestión de que existan tales y tales clases se resuelve en el análisis del modo de producción mismo. Como había hecho en el capítulo sobre la apariencia de la competencia, Marx continúa su análisis al criticar la apariencia de que las clases tienen su origen en las distintas formas de renta. En este punto termina el manuscrito dejando en el aire el plan que debería seguir en su análisis.

A pesar de que Marx no terminó su manuscrito sobre las clases sociales, podemos sacar algunas conclusiones metodológicas sobre su modo de enfocar el problema.

En primer lugar, pretendía tratar el concepto de clase en varios niveles de análisis dependientes entre sí. Esto plantea la cuestión de los niveles de abstracción en que se debe estudiar el problema. La rigurosa diferenciación e interdependencia entre los niveles de abstracción es uno de los principales aspectos del método dialéctico, que lo diferencia profundamente del método analítico formal. Al diferenciar los niveles de abstracción, Marx tiene por objetivo desarrollar la investigación teórica que estudia ciertas condiciones determinadas que no existen bajo esta forma pura en la realidad empírica, pero cuya determinación es necesaria a un enfoque explicativo de esta realidad. En seguida el método busca reintegrar progresivamente los otros aspectos de la realidad y aproximarse a lo concreto. A este momento de análisis se llama proceso de concreción progresiva.

En segundo lugar, el punto de partida del análisis de Marx es el estudio de un modo de producción determinado. Las clases sociales aparecen en el momento como “personificación”, contenido volitivo, personal, activo de ciertas relaciones descritas, abstractamente. Esto no quiere decir que a un nivel más concreto no sea posible describir las clases sociales como agrupamientos sociales susceptibles de ser estudiados sociológicamente. Sin embargo, este estudio empírico de las clases sólo tiene sentido teórico definido cuando se halla situado dentro del marco de un análisis abstracto. Es decir, sólo es posible alcanzar un nivel explicativo de análisis cuando se inserta el nivel descriptivo empírico en un cuadro teórico abstracto. Se vuelve así al problema de los niveles de abstracción de forma más precisa, es decir, definiendo claramente el punto de partida teórico

del análisis^[4]. Después de estos planteamientos, la tarea que sigue es estudiar el concepto de clase según sus diversos niveles de abstracción.

⁴ Por punto de partida teórico no se entiende el punto de partida del estudio de una sociedad. Se puede empezar a estudiar una sociedad a un nivel totalmente empírico o impresionista, pero el estudio sólo adquirirá el status científico cuando logre definir las relaciones esenciales de esta sociedad. A partir de este punto el estudio asume la forma de una teoría y por lo tanto es científico.

IV.

LOS NIVELES DEL CONCEPTO DE CLASES (I)

Primer nivel: El modo de producción.

El primer nivel en que hay que situar el concepto de clases es el análisis del modo de producción. El concepto de clases aparece como resultado del análisis de las fuerzas productivas (nivel tecnológico de los medios de producción y organización de la fuerza de trabajo) y de las relaciones de producción (relaciones que los hombres establecen entre sí en el proceso de la producción social). Estas fuerzas productivas y estas relaciones de producción asumen ciertos *modos* posibles de relación en la historia. Estos modos posibles de relación son esencialmente contradictorios cuando las relaciones de producción se constituyen en base a la propiedad privada. Ese carácter contradictorio define las leyes generales del funcionamiento y desarrollo de los modos de producción clasistas.

De esta forma, el análisis del modo de producción supone una cierta dinámica propia de este modo de producción cuyos componentes son antagónicos. Las clases sociales son una expresión fundamental de esas relaciones antagónicas. En consecuencia, el concepto de clases sociales se constituye teóricamente dentro del concepto de lucha de clases. La lucha de clases es pues el concepto clave para comprender las clases sociales. Por este motivo, el concepto de clases exige un análisis esencialmente dialéctico.

La lucha de clases está relacionada directamente con la superación de una determinada formación social (modo de producción más modo político y cultural). De esta manera, sólo se puede comprender el concepto en el contexto de las contradicciones y leyes de desarrollo interno de un determinado modo de producción y de una determinada formación social. En este nivel del análisis se integra el concepto de conciencia de clase. El concepto de conciencia de clase en el marxismo no corresponde a la idea vulgar empírica de la conciencia que tienen los individuos de su condición de clase. Una de las conquistas básicas de la ciencia social marxista se define en la frase del prólogo a la *Contribución a la Crítica de la Economía Política*: “Y del mismo modo de que no podemos juzgar tampoco a estas épocas de revolución por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción”. Trátase de mostrar las formas de conciencia antagónicas posibles que corresponden a determinados modos de producción. No se trata de lo que los hombres piensan en un determinado momento. Trátase de describir teóricamente las formas posibles de conciencia. La conciencia empírica o psicológica de los hombres puede estar más o menos próxima a ellas.

Hay un conjunto de textos marxistas que corroboran esta interpretación. Desde el prólogo a la *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, citado, hasta la tipología en el *Socialismo Utópico y Científico* de Engels. También se presenta en los textos sobre la acumulación de capital y varios otros textos de *El Capital*. Trátase de estudiar las clases y la conciencia de clase a un nivel altamente abstracto y al mismo tiempo con referencia a una formación histórica

concreta. La conciencia de clase no puede estudiarse independientemente de las formas históricas concretas de producción. Estas formas concretas son estudiadas en su pureza esencial, es decir, sometidas a condiciones casi de laboratorio. Condiciones creadas por la abstracción, que aísla de los fenómenos todos los aspectos secundarios, específicos de formas particulares, para subrayar todo lo que es principal, específico del modo de producción que se pretende estudiar.

La clave del concepto de clases y de conciencia de clase a este nivel teórico está en el prólogo a la primera edición de *El Capital*:

“En esta obra, las figuras del capitalista y del terrateniente no aparecen pintadas ni mucho menos, de color de rosa. Pero adviértase que aquí sólo nos referimos a las personas en cuanto *personificación de categorías económicas*, como representantes de determinados intereses y relaciones de clase”.

La maestría con que Marx liga las relaciones económicas a las relaciones culturales en *El Capital* y en otras obras, viene exactamente de su concepción de la economía. Para Marx, la economía política no estudia relaciones entre cosas ni entre hombres y cosas. La economía política estudia relaciones entre hombres que *aparecen* en la conciencia de los hombres como relaciones entre cosas. Ejemplo: el cambio de mercancías es aparentemente un cambio entre cosas, pero sólo es objeto de la economía política marxista en cuanto es un cambio entre productos del trabajo humano, es decir, una forma de relación entre los hombres. De esta manera, las categorías económicas del marxismo, al contrario

de las categorías empíricas de la ciencia social vulgar, rebasan la apariencia fetichizada de los fenómenos sociales para ir a su esencia: las relaciones entre los hombres, estudiadas bajo la forma de relaciones específicas, de modos determinados de relación entre ellos. En estos modos de relación se inscriben las clases sociales como la personificación en grandes grupos humanos de estas relaciones que los individuos en general desconocen, o perciben bajo formas accidentales, inconexas, caóticas, no determinadas, no científicas.

¿Esta visión del marxismo no lo reduciría a una especie de idealismo empírico en que se substituye la observación de la realidad por categorías teóricas que *crean* la realidad?
¿Una visión de este tipo, por otro lado, no lo cambiaría en una teoría formal que sirve de instrumento a la observación empírica, es decir, una especie de tipo ideal?

Ni una cosa, ni la otra.

En primer lugar, estas categorías del análisis marxista no nacen de las condiciones posibles de la percepción de la realidad social (idealismo trascendental), sino de la expresión teórica de la práctica social.

El proceso que permite llegar a las categorías básicas explicativas de la realidad social es el de la abstracción de las relaciones concretas que viven los hombres en la realidad histórica.

En segundo lugar, no se trata de categorías operacionales instituidas por premisas más o menos arbitrarias o libres (tipo ideal), sino de categorías “esenciales”, es decir, categorías que son constituidas por la realidad misma y que derivan de ella.

En tercer lugar, no son de modo alguno categorías formales,

pues no representan relaciones posibles establecidas abstractamente, sino, al contrario, relaciones reales que dan las condiciones posibles de abstracción. Es decir, son abstracciones de modos reales de producción y no categorías universales aplicables a realidades no históricamente determinadas. Es la realidad histórica misma quien *constituye* las posibilidades de las categorías teóricas.

Sin embargo, la realidad social no se agota en los modos de su movimiento. Mucho más que esto, la realidad tiene un movimiento concreto que entra en contradicción con los modos posibles de este movimiento, pues la realidad concreta incluye otros elementos mucho más complejos que la abstracción de las condiciones de su movimiento.

V.

LOS NIVELES DEL CONCEPTO DE CLASES (II)

Segundo Nivel: La estructura social

Una sociedad concreta, históricamente dada, no puede corresponder de forma directa a categorías abstractas. Como decimos, el marxismo no usa la abstracción de una manera formal. Cuando elabora el concepto abstractamente, lo niega en seguida, al mostrar las limitaciones de este nivel del concepto. De ahí la necesidad de pasar a niveles más concretos de abstracción. En una sociedad concreta:

1. El desarrollo del modo de producción y de sus contradicciones plantea situaciones sociales históricamente específicas (por ejemplo: el modo capitalista de producción pasa al fin del siglo XIX a una forma imperialista y esta forma asume hoy un carácter integrado mundialmente, etc.);
- 2) El desarrollo del modo de producción desarrolla nuevas formas específicas de relación entre sus componentes y crea nuevos componentes (ejemplo: el desarrollo del sindicato limita las relaciones asalariadas, el surgimiento de nuevos sectores sociales como la llamada “aristocracia obrera” o las “nuevas clases medias” cambia la distribución de la plusvalía en el sistema y afecta las formas de realización de la plusvalía, etc.);
3. A un nivel todavía más concreto, en una sociedad coexisten formas sociales distintas en antagonismo con la

formación dominante y limitándola, pero formando situaciones de equilibrio delimitadas históricamente (por ejemplo: la lucha entre clases dominantes y dominadas de modos de producción antagónicos – capitalismo vs. feudalismo –; el surgimiento de clases intermedias en vías de desaparición, o clases en formación; el caso de la contradicción campo-ciudad, etc.).

A este nivel, el análisis tiene que concretarse mediante la descripción todavía teórica de los modos de relación posibles en una determinada sociedad, es decir, en una estructura social dada⁵. La diferencia del nivel anterior es que ahora el análisis tiene que referirse a un universo histórico y geográficamente situado, en el cual se distingue el nivel de desarrollo de una determinada formación social y sus relaciones con otras formaciones sociales. Hay que trabajar sobre datos empíricos de carácter histórico, demográfico, sociológico, etc., a fin de componer el cuadro de las relaciones básicas y de su dinámica. En este nivel, la conciencia de clase debe ser tratada bajo la forma de intereses sociales definidos teóricamente. Es decir, por conciencia de clase se entenderá las formas posibles de *conciencia en las condiciones específicas de una estructura social dada*. El análisis será mucho más concreto y matizado, pero todavía no se relaciona con lo que las personas o grupos sociales empíricamente piensan.

⁵ Sin entrar en la discusión sobre el concepto de estructura formal o descriptiva, que dejamos para otra oportunidad, preferimos usar el concepto de estructura como expresión de relaciones existentes (condicionantes y no “posibles” de una sociedad dada).

Tercer nivel: Situación social

A este nivel, el análisis se aproxima a la descripción de una sociedad concreta. Sin embargo, esta descripción no será puramente empírica sino científica porque conoce a las determinaciones que explican a esta realidad inmediata o “aparente”. Disponiendo de un instrumento teórico del tipo descrito no confundiremos la estructura de las clases con la estratificación social, como lo hacen varios sociólogos, ni las élites dirigentes con la clase dominante, ni la psicología de las clases con su conciencia de clase, etcétera.

Vemos así que al diferenciar internamente la estructura, encontramos una serie de fenómenos que están correlacionados y son dependientes de la estructura de clases. Uno de esos fenómenos es la estratificación social, que introduce un elemento de jerarquización de los individuos de la sociedad no solamente por su posición de clase sino también por diferencias de ingreso, profesionales, culturales, políticas, etc. Vemos que, en este momento, el enfoque puede separarse de las categorías sociales puras para buscar clasificar los individuos dentro de estas categorías de formas a veces particulares y no previsibles teóricamente. Los individuos dejan de ser la personificación de categorías sociales para ser personas y pueden ellos mismos constituir categorías por el conjunto de aspectos sociales que se entrecruzan en su persona; no es necesario llevar este paso del análisis a una concreción empírica tan grande. Se puede analizar todavía las relaciones de las estructuras de clase con estos sistemas de estratificación en general.

Otro elemento que se agrega a este nivel es la proyección de sistemas de estratificación de formaciones sociales distintas en un nuevo sistema de estratificación (como por ejemplo, la proyección de la estratificación señorial rural en

la estratificación racional urbana en los países latinoamericanos), lo que forma una realidad concreta mucho más compleja. Problema este muy común en la psicología de las clases de transición o recién constituidas.

En este nivel, trabajamos con valores socialmente dados donde la estructura de clase se enfrenta a determinaciones muy distintas, producto de la especificidad de una situación social dada. En este nivel no podemos estudiar la conciencia de clase (es decir, las condiciones y modos posibles de expresar los intereses de las clases) sino a nivel de lo que Lukács ha llamado la psicología de clases. Por psicología de clases se entienden las formas de pensar y sentir de las clases sociales situadas históricamente. A este nivel surgen relevantes problemas de contradicciones entre los intereses de *clase* de una clase y sus intereses inmediatos; las contradicciones entre sus intereses de clase y sus orígenes históricos; entre su mentalidad condicionada por la estructura existente, los valores de la estratificación social, relaciones de tipo racial, etc., y los intereses de clase que condicionan las posibilidades de su actuación de clase.

La riqueza analítica del método dialéctico surge aquí con toda su fuerza. Contra la realidad unilínea y plana del empirismo se opone una multiplicación de planos de contradicciones, de posibilidades de análisis del comportamiento humano. Y surge también la condición dramática de la realidad social, las contradicciones entre los individuos y su realidad objetiva y psicológica. Surgen los elementos trágicos, grotescos o cómicos de la existencia humana. La ciencia se encuentra así con la política real, la literatura, el arte y la existencia cotidiana de los hombres. Se hace vida. Esta es la fuerza concreta del marxismo, aún no completamente desarrollada: su capacidad de ligar el más absoluto rigor

teórico abstracto a las más cotidianas realidades del hombre.

Cuarto Nivel: La coyuntura

Por fin, el análisis se torna todavía más rico y más diferenciado cuando introducimos el efecto de ciertas coyunturas específicas en el estudio del fenómeno. La estructura de clases va a sufrir profundos cambios conforme sea la coyuntura en que se desarrollan sus contradicciones.

En los momentos de ascenso del ciclo capitalista, por ejemplo, el comportamiento y la psicología de las clases se presenta de forma completamente distinta que en las situaciones de crisis o revolucionarias. En las situaciones de crisis la psicología y la conciencia de clases tienden a confundirse en una sola realidad. Es decir, se presenta con más claridad a los hombres reales sus condiciones de existencia. Otra es la situación en los momentos de ascenso o de equilibrio cuando la psicología y la conciencia de clase tienden a separarse y las formas inmediatas de los fenómenos tienden a oscurecer sus modos reales de existencia.

La ciencia empirista, por su supervalorización del *dato* sobre las determinaciones, sustituye la totalidad por los aspectos o formas de su manifestación. Por esto tiende a confundir la dinámica de la realidad con la dinámica aparente de ciertos períodos históricos. En los años de 1890-1900 en que el capitalismo se mostraba ascendente y sin crisis surgió la teoría de Bernstein para negar la necesidad de la crisis capitalista, teoría que la guerra de 1914 y la crisis del 29 negaron rotundamente. En nuestros días, estas tendencias a negar la crisis capitalista se consolidan otra vez debido al desarrollo capitalista más o menos sostenido en los últimos

años. Las formas de consumo de masa tienden a oscurecer las relaciones de clase en la sociedad: los empiristas sustituyen la sociedad de masas por la sociedad de clases, etcétera.

Algunas conclusiones

Podemos llegar a algunas formulaciones de conjunto en este momento. Las diferentes clases sociales que ha descubierto Marx y los aparentemente distintos enfoques del fenómeno de clases no corresponden a una superposición de enfoques distintos sino a un sistema relacionado de planos de abstracción que van desde lo más concreto a lo más abstracto y desde lo más abstracto a lo más concreto. Cuanto más nos aproximamos a lo concreto más las leyes generales se van redefiniendo en relaciones cada vez más complejas.

Representar lo concreto sin estas determinaciones no es todavía labor científica sino de observación sistemática. La ciencia empieza cuando la descripción se hace determinación, se hace “concreto-determinado” o, al contrario “universal-concreto”. Ciertas coyunturas determinadas tienden a acentuar las contradicciones entre la apariencia de los fenómenos y sus modos de ser, es decir, su “esencia”; otras coyunturas, sin embargo, particularmente las revolucionarias, hacen “aparecer” los aspectos esenciales de la realidad en la experiencia inmediata.

La ciencia social empirista absolutiza lo inmediato, pues no puede mostrar sus relaciones con los modos de ser o las condiciones que lo determinan y por lo tanto no es ciencia. Es codificación de métodos de observación (aspectos positivos) e ideologización de relaciones existentes (aspectos negativos).

VI.

LA CONCIENCIA DE CLASE (I)

Dada la importancia de la conciencia de clase en la definición de este concepto, creemos necesario destinar un ítem especial a su estudio.

Es conocida la distinción que hizo Marx entre clase en sí y clase para sí. Sin embargo, esta distinción de sabor hegeliano puede ser causa de muchas confusiones. La separación analítica entre las clases como relaciones objetivas al nivel de las relaciones de producción y la conciencia de esas relaciones, tiene que ser explicada con el máximo de rigor.

Una clase se define primeramente por las relaciones o modos de relaciones que condicionan las posibilidades de acción recíprocas entre los hombres, dado un determinado modo de producción. En este sentido, el concepto de conciencia de clase es un concepto puro, es decir, abstracto, teórico, no referenciable directamente a una o algunas conciencias empíricas. A este nivel, como vimos, podemos definir la conciencia de una clase como la representación consciente posible de sus intereses en un modo de producción dado. Los individuos que componen o “personifican” estas categorías abstractas, es decir, que realizan en la práctica estas relaciones no disponen en general de los medios teóricos para representarlas en su conciencia. Las representan de un modo caótico, asistemático y fragmentario, mezclado con las ideas dominantes en su sociedad o en la que fueron educados. La sistematización de estas impresiones

de un sistema de relaciones reales en la cabeza de los individuos forma la *psicología de la clase*. En la medida en que esta psicología de clase no expresa la realidad de estas relaciones en un sector significativo de los individuos que componen una clase, se puede conceptualizar a estos agregados humanos como una clase *en sí*.

Serán, sin embargo, una *clase para sí* en una situación social en que tome conciencia de estas relaciones bajo la forma de una ideología política que defina claramente las condiciones reales de su existencia y la contradicción entre ellas y sus intereses como clase social, así como le proponga los medios de superar esta situación. En este momento pasa a constituirse una clase *para sí*, es decir, una clase capaz de elaborar un proyecto de existencia social adecuado a sus intereses de clase.

Este modo de plantear el problema elimina algunas confusiones bastante difundidas sobre el concepto de conciencia de clase y de ideología. La primera confusión es la que identifica la conciencia con la psicología de clase. Entiéndese muchas veces por conciencia de clase el pensamiento que tienen determinados agrupamientos sociales históricamente dados. La superposición de la psicología con la conciencia elimina la posibilidad de entender la dinámica contradictoria de estos dos elementos y confunde lo inmediatamente dado con la realidad misma.

Otra confusión es la identificación de la ideología con un falseamiento de lo real, o mera justificación o “racionalización” de ciertos intereses. El concepto de ideología tomado en su forma pura inicial no supone necesariamente ningún falseamiento de lo real ni ninguna racionalización. Ideología es en un primer momento de análisis, la expresión consciente de intereses reales de clase y su operacionalización

en formas de acción concretas para lograr estos intereses.

Sin embargo, en un segundo momento, y sólo en un segundo momento, pues puede que sea o no necesario, se agrega el elemento falsedad. Pues no todas las ideologías son falsas, ni ninguna ideología es falsa, en cuanto es la representación de los intereses que expresa. Por el contrario, en este sentido sólo hay ideologías cuando hay representación *verdadera* de los intereses.

¿Cómo puede ocurrir que la representación *verdadera* de los intereses de una clase sea al mismo tiempo *falsa*? Es que los intereses de todas las clases dominantes incluyen la necesidad de falsear las verdaderas relaciones de clases.

Tiene que ser parte de la ideología burguesa la representación de la sociedad burguesa como conjunto básico de individuos, que *pueden* diferenciarse en agregados, pero que constituyen siempre la unidad de análisis porque esta forma de representación expresa exactamente el interés esencial de la burguesía de ocultar el carácter de clase de su sociedad y postular su sociedad como ofreciendo oportunidades iguales a todos los individuos. Es interés de clase de la burguesía representarse a sí misma no como clase dominante sino, a lo sumo, como individuos dominantes

La ideología burguesa tiene que estar fundada pues en esta falsedad. Sin embargo, con relación a la representación de sus intereses fundamentales de clase, es verdadera. De ahí el rico carácter de mistificación que implican estos tipos de conciencia de clase. De ahí la imposibilidad de constituir una verdadera ciencia (explicación de lo real, conocimiento de lo real y no de su apariencia inmediata) burguesa, de ahí por qué la ciencia burguesa estará siempre prisionera de su ideología y será por lo tanto ideológica.

En la medida en que la ciencia empieza a explicar lo real

(por la necesidad de conocer que todas las clases dominantes tienen, a pesar de su necesidad de *no* conocer verdaderamente) entra en contradicción con la ideología de la clase dominante. De ahí la necesidad ideológica de falsear lo real que se expresa en la necesidad de la teoría burguesa de ser pragmática y empirista, de absolutizar las relaciones inmediatas (es decir burguesas) entre los hombres y de los hombres con la naturaleza.

Confundir de esta forma ideología con falsedad es eliminar la posibilidad de demostrar el carácter de clase y determinado de esta falsedad. Lo mismo ocurre con la ideología del proletariado. Ella es por su naturaleza “verdadera”, en el sentido de que puede y necesita representar sus intereses de clase como intereses de clase. Esta posibilidad se transforma en una necesidad teórica de deslindar el carácter de la sociedad burguesa y el carácter transitorio de la sociedad proletaria. La ideología sólo será proletaria si se apoya en una visión científica (no ideológica) de la realidad. Se elimina así la contradicción entre la ciencia y la ideología. Ambas pasan a ser momentos de una misma unidad de interés.

Puede parecer a los empiristas excesivamente “metafísico” este planteamiento del problema, pues el empirismo llama metafísica toda investigación teórica. Sin embargo, metafísica es la posición contraria que aísla las condiciones del pensamiento científico de la realidad histórico-social y se muestra incapaz de resolver los problemas planteados por este aislamiento. Es decir, se vuelven incapaces de explicar las causas que permiten el desarrollo de la ciencia bajo formas contradictorias de pensamiento plenamente identificables con el desarrollo de la lucha de clases. Sobre todo, no pueden explicar cómo ha conocido el hombre y cómo conoce todavía bajo condiciones ideológicas de pensamiento.

Otro aspecto de la relación entre ideología y verdad se torna muy evidente en la relación entre clases ascendentes y clases decadentes. En su momento de ascenso político y económico, la burguesía estuvo impulsada por una profunda necesidad de conocer teóricamente y de racionalismo. La economía política clásica, por ejemplo, tiene un evidente estatuto teórico especulativo mil veces superior al pragmatismo de la ciencia económica contemporánea, expresada por la célebre frase de Keynes: “a largo plazo estaremos todos muertos”. La ciencia económica latinoamericana de fines de los años 40 y de los años 50 hizo incursiones en el campo teórico especulativo, muy limitada es verdad, pero que expresaban la necesidad de constituir una ciencia capaz de superar las limitaciones que sentía el naciente capitalismo industrial latinoamericano frente a las condiciones del subdesarrollo. El vuelo fue tan breve como cortas las alas de esta burguesía y su posibilidad de desarrollo.

Otra es la situación de la burguesía en el poder, cuando los problemas de orden cualitativo que exigen la superación de los datos inmediatos y la investigación teórica, son sustituidos por las necesidades de desarrollar el orden social existente. Entonces, el pensamiento burgués tiende a tornarse cada vez más antiespeculativo, antirracional, antiteórico. El pragmatismo o la barbarie intelectual sustituyen al razonamiento abstracto, la observación empírica o el juego formal de otro lado sustituyen al *conocimiento* científico o al razonamiento abstracto. Los campos del conocimiento se aíslan en islas intelectuales, no por la extensión del conocimiento de lo particular como se pretende, sino por la actitud teórica pragmatista que corresponde a una realidad social y económica basada en la atomización del hombre, imposibilitado por las relaciones de clase y sociales a reencontrarse con su sociedad.

Se establece así una relación estrecha entre la verdad científica y las condiciones de la lucha de clases. La realidad social de la explotación y de la sociedad basada en el antagonismo de clases es una limitación real a la verdad científica y transforma la ciencia en ideología. En la sociedad burguesa no es la ideología que se funda en la ciencia, es la ciencia que se funda en la ideología. Por esto, a no ser que pudiera renunciar a sus propios trucos y dejar de ser por lo tanto burgués, el pensamiento burgués no puede esclarecer la relación entre ciencia e ideología.

VII.

LA CONCIENCIA DE CLASE (II)

Fueron necesarios estos planteamientos iniciales para que lográramos retomar los conceptos de conciencia de clase, ideología y psicología de clase en forma correcta y científica. Podemos redefinirlos ahora libres de las confusiones que normalmente oscurecen su comprensión.

Por conciencia de clase se entiende la expresión sistemática de los intereses de las clases sociales; por ideología la operacionalización de estos intereses en metas, y medios definidos para lograrlos; por psicología de clases se entiende el modo de pensar y sentir de determinados agregados humanos en una situación o momento dado.

La conciencia de clase se determina al nivel del análisis de los intereses de clase dentro de una formación social dada, independiente de la existencia de individuos que perciban o no esos intereses. La ideología se determina por un esfuerzo teórico para expresar las formas de desarrollo posible de esos intereses y las metas y medios que puede generar. La psicología de clase, por otro lado, se determina al nivel del estudio empírico de los individuos o de ciertas manifestaciones colectivas siempre referenciando su dinámica a la determinación de la conciencia de clase y de la ideología y a los conflictos existentes entre su psicología y su conciencia de clase.

El análisis busca definir los elementos que condicionan y permiten surgir u oscurecer la conciencia de clase en los

agregados humanos reales. Estos elementos estarán compuestos de:

1. Un análisis de las relaciones objetivas puras (abstractas) al nivel del modo de producción a que pertenece la clase;
2. El nivel de desarrollo de este modo de producción en una estructura o una situación histórica dada en combinación con otros modos de producción, su relación con situaciones históricas (sociales, políticas, ideológicas, etc.) determinadas;
3. El estado empíricamente observable de esta conciencia.

Estos tres niveles deben combinarse en un análisis dialéctico que supone la posibilidad de relacionar estos niveles a una coyuntura determinada y sus tendencias de desarrollo.

24

Un problema especial puede surgir con el estudio de las clases transitorias, o que no llegan a cristalizarse como clases, pues sus condiciones de existencia en la sociedad están en constante transformación hacia nuevas formas de relación. La conciencia de estas clases no puede por definición cristalizarse en un conjunto sólido de intereses y están sometidas a la presión constante de los intereses de otras clases (por ejemplo, la pequeña burguesía en el régimen capitalista). Esto no le quita su especificidad como clase de transición, pero torna muy complejo el análisis de su conciencia y psicología de clase.

Una nota debe ser destinada al planteamiento del carácter antagónico de la conciencia de clases. Si las clases sociales se definen por sus intereses antagónicos unas frente a las

otras, también la conciencia de clase se definirá por este carácter antagonico. Este antagonismo no se expresa simplemente en intereses opuestos dentro del modo de producción existente. Para que estas clases logren realmente poseer una conciencia de clase tienen que oponer entre sí regímenes sociales distintos. El antagonismo se expresa en una relación de superación, destrucción o dominación de una clase por otra. Esto asegura el rol de la lucha de clases en la historia, como su móvil no sólo dentro de los regímenes, sino de la superación de un régimen por otro.

Esta comprensión del carácter de la conciencia de clase revela también el rol del intelectual en la lucha de clases, en general, oscurecido por ciertas concepciones equivocadas. Como la conciencia de clase es al mismo tiempo un elemento condicionado por la praxis humana (es decir, un resultado consciente de esta praxis) y un elemento condicionante de ella (es decir, es la conciencia que permite al hombre dominar su praxis y someterla a sus fines) el intelectual ocupa un papel clave en su desarrollo. Pues es solamente una actividad intelectual sistemática la que permite extraer las consecuencias de la praxis y sistematizarla de tal forma que la conciencia se transforme en efectiva conciencia de los individuos de la clase.

Los que están sumergidos en la práctica y no pueden conscientizarla (lo que exige un *trabajo teórico*^[6] específico) no tienen pues una conciencia de clase. La conciencia de clase y la ideología la desarrollan precisamente los intelectuales. Por esto Lenin insistía en el *¿Qué hacer?* que el proletariado abandonado a su propia condición no podía llegar a una conciencia de clase, sino a lo sumo a una conciencia

⁶ El concepto de la actividad teórica como trabajo nos conduce al concepto de praxis teórica de Althusser.

sindicalista (necesidad de unión y de lucha por vender bien su mercancía, la fuerza de trabajo, en la sociedad capitalista). Por esto mostraba la dificultad de que los trabajadores comprendan las relaciones generales del sistema y la necesidad consecuente de educarlos en el socialismo, que es su conciencia de clase. Por esto por fin decía: sin teoría revolucionaria no hay práctica revolucionaria. Sería imposible comprender el papel relevante de la teoría en el marxismo clásico si no se comprende el concepto de conciencia, ideología y psicología de clase.

El intelectual tomado no como individuo aislado en una torre de marfil, sino como militante intelectual de una clase, es por lo tanto un elemento clave en la explicitación y desarrollo de la conciencia de clase. La actividad intelectual retoma su papel siempre privilegiado en el marxismo, separándolo de las concepciones pragmáticas empiristas que se rotulan como tal.

Sin embargo, se puede preguntar todavía: ¿Existía conciencia de clase en las sociedades precapitalistas? En estas sociedades los individuos se concebían no como clases sino como castas, órdenes, estamentos, etc.

¿Cómo se puede hablar de una conciencia de clase en tal situación? Hemos planteado teóricamente el problema de la relación entre la estructura de clase y la estratificación social. Hemos visto que la primera explica la segunda, a pesar de que la dinámica real de la sociedad incorpora la relación dialéctica entre las dos. El capitalismo ha liberado la conciencia de clase de estas formas mistificadas de relación entre los hombres, al instituir la economía como criterio básico de diferenciación entre ellos. Hemos visto, sin embargo, la imposibilidad de la conciencia burguesa de concebir las relaciones de clase con fundamento de la historia

humana y su necesidad de oscurecer estas relaciones. Hemos visto también la necesidad de la conciencia de clase proletaria de revelar estas relaciones como base de su teoría de la realidad social.

De todo esto podemos concluir: la conciencia de clase se vuelve cada vez más liberada de las formas *mistificadas* de relación entre los hombres (formas acompañadas de justificaciones mágicas, místicas, religiosas, filosóficas, etc.), es decir, de formas no clasistas de relación entre ellos, cuando más la sociedad se aproxima a la destrucción de las relaciones de clase. Esto explica por qué el concepto de clases sólo ha surgido en la sociedad capitalista y más específicamente en la conciencia de clase proletaria. Es la purificación histórica de las relaciones entre los hombres como relaciones de clase lo que explica la posibilidad histórica de una conciencia de clases no mistificada, es decir, que se concibe a sí misma como una conciencia de clase.

Puede parecer a muchos, educados en una ciencia no teórica, que plantear el problema de la conciencia de clase de esta forma significa introducir elementos metafísicos y no científicos en el análisis. Sin embargo, lo metafísico es exactamente lo contrario. Es decir, la imposibilidad de estudiar el problema a este nivel teórico impide explicar el surgimiento del concepto de clases y de conciencia de clase, las relaciones entre el conocimiento, la praxis, la conciencia y la psicología de las clases.

Y al sumergirse este pensamiento en el modo de las apariencias sin poder explicarlas se enreda teóricamente en fenómenos inexplicables y en la imposibilidad de una ciencia social. Es decir, en una imposibilidad de *explicar* las relaciones que se presentan con formas contradictorias y mistificadas en la práctica no consciente de los hombres. La

ciencia, en vez de ser un elemento de concientización de los hombres se vuelve su contrario: es el medio de absolutizar la situación de mistificación que está basada en la relación de explotación entre los hombres contra su voluntad y sus protestas. Los científicos “puros”, “no ideológicos” y “no comprometidos” revelan así el profundo compromiso de clase que hace de su “ciencia” una ideología.

Liberar la ciencia de la ideología es pues liberar la ciencia de ciertos compromisos de clase, no con las clases en general, sino con las clases que no pueden permitir el conocimiento científico: las clases explotadoras.

VIII.

INTENTO DE CONCEPTUALIZACIÓN

Después de estos pasos preliminares podemos intentar una conceptualización de las clases sociales.

Por clases sociales se entenderá agregados básicos de individuos en una sociedad, que se oponen entre sí por el papel que desempeñan en el proceso productivo, desde el punto de vista de las relaciones que establecen entre sí en la organización del trabajo y en cuanto a la propiedad. Se pueden descomponer, pues, los elementos del concepto de clases, a su nivel general y abstracto en:

1. Agregados de individuos.
2. Básicos en la sociedad.
3. Opuestos entre sí.
4. En relación a su función en el proceso productivo en cuanto a:
 - a) las relaciones de trabajo.
 - b) la propiedad.

Estas relaciones del ítem 4 se diferencian históricamente de acuerdo a los modos determinados que revisten estas relaciones de trabajo y la propiedad. A su vez, estos modos de producción dan origen a distintas formaciones socioeconómicas (modo de producción, más clases y más superestructuras).

Así podemos pasar a un segundo momento del concepto, es decir, su desdoblamiento.

Esta unidad de interés de estos agregados básicos frente a los agregados opuestos (de la misma formación social o sobrevivientes de formaciones distintas o base de otras futuras) y al conjunto de la sociedad los hace *tender* a una comunidad de:

1. *Conciencia de clase*, es decir a una unidad de concepción del mundo y la sociedad según sus intereses generales de clase lo que da origen a una ideología.
2. *Situación social*, es decir de modos de comportamiento, actitudes, valores, intereses inmediatos, distribución de los ingresos, concepción de la sociedad y del mundo, sentimientos y pasiones, acción e interés político, frente a los partidos y al Estado, etc.

Esta *tendencia* a adecuarse a sus intereses finales (objetivamente determinables e independientes de su conocimiento o no de ellos) se cumple históricamente en grado mayor o menor en función de los diversos componentes históricos (sociales, económicos, políticos, culturales, coyunturales) que integran una situación social. Estos componentes están formados de la complejidad de relaciones en una sociedad dada, entre las varias formaciones sociales que luchan dentro de ella y se combinan para formar una estructura provisoria de relaciones contradictorias.

Otro componente de la realidad concreta no planteado en la abstracción del modo de producción social son los niveles entre sus aspectos económicos, sociales, políticos y culturales. Por fin, las coyunturas específicas en que se presenta este desarrollo (revoluciones, crisis, períodos de equilibrio,

etc.), modifican profundamente el grado de contradicción, equilibrio y correlación entre las diversas clases y grupos que componen una estructura social concreta.

Podemos resumir, después de este trabajo de conceptualización, nuestras respuestas a las objeciones propuestas por los varios autores que, según creemos, parten básicamente de una incomprensión del carácter dialéctico (diferencias en niveles, relación entre concreto y abstracto, papel de las contradicciones) del concepto marxista. Objeciones que sólo pueden sustentarse cuando se apoyan en textos aislados de su contexto o en interpretaciones viciosas de algunos “marxistas”.

1. No se trata de una filosofía de la historia ni de una “escatología” en tensión con una sociología. El concepto de lucha de clases y su necesaria proyección en nuevas formas de producción es una exigencia de un análisis dinámico de las clases y es fundamental para explicar su dinámica actual. Las clases no luchan “dentro” de un sistema sino que esa lucha tiende a asumir el carácter de lucha “por” sistemas distintos.
2. No se trata de distintos conceptos de clase ni de visiones superpuestas desde el punto de vista del economista, del político o del sociólogo, sino una visión dialéctica en que el concepto se “rehace” de acuerdo al nivel de abstracción en que se ubica el análisis.
3. No se trata de una indefinición en cuanto al número de las clases sino que el número de las clases sociales varía según el nivel de análisis y según las estructuras sociales históricamente dadas.
4. No se trata de un concepto de ideología confuso en que aparecen en realidad varios conceptos contrapuestos o distintos, trátase del carácter dialéctico de la ideología,

que supone: a) de un lado, una representación *verdadera* de los intereses de clase y b) de otro, la exigencia de introducir entre los intereses de ciertas clases la necesidad de oscurecer y mistificar su condición de dominadora, lo que no permite que su conciencia de clase refleje en forma real, sino mistificada, sus intereses. Pero esto no permite suponer una relación necesaria entre ideología y mistificación en todas las clases sociales.

5. No se trata de atribuir al proletariado ni a ninguna clase social una “misión histórica” desde un punto de vista metafísico o religioso. Cuando se habla de “misión” se hace referencia a las potencialidades históricas de una clase cuyos intereses materiales objetivamente determinables conducen a determinados resultados históricos desde que puedan imponerse históricamente sus intereses. El concepto de “misión” es usado en el sentido de la *Miseria de la Filosofía* cuando Marx se refería a la burguesía: “el requisito de la liberación de la clase obrera es la abolición de todas las clases de la misma manera que la liberación del “Tiers état” trajo la de todos los Estados (“Estados” medievales)”.
6. Esto explica también la cuestión de la aparición de las clases como tales en la sociedad capitalista, lo que se aclara con el texto de Engels: “la revolución abolió los Estados y sus privilegios. La sociedad burguesa sólo reconoce ahora las clases”. Por esto, por la necesidad de organizar la sociedad capitalista en base a las relaciones directamente económicas entre el “trabajador libre” (asalariado) y los propietarios de los medios de producción, el concepto de clases asumió su forma consciente y directa en la sociedad, rompiendo las formas mistificadas de estados, estratos, castas, etc., en que se manifestó en las formaciones sociales precapitalistas.

7. Por fin, estaría la disyuntiva de Ossowsky en cuanto a que la relación entre las clases debe ser comprendida en base a intereses opuestos o a relaciones entre explotados y explotadores. Disyuntiva falsa, pues la relación entre explotados y explotadores crea intereses opuestos y sólo a partir de la sistematización teórica de esas relaciones y esos intereses podremos lograr constituir un análisis de las clases.

IX.

CÓMO INVESTIGAR LAS CLASES

Podemos ahora plantear los pasos que creemos debe seguir un estudio científico de las clases sociales. El hecho de que ordenemos este estudio en una serie de pasos de investigación que al mismo tiempo tengan una cierta autonomía e interdependencia no quiere decir que no se pueda empezar el análisis a un nivel intermedio o al mismo nivel final. Sin embargo, lo que pretendemos es que sólo se puede lograr un efectivo conocimiento científico (es decir, condicional, explicativo y por fin, causal) cuando se logra situar una determinada sociedad o grupo de sociedades o la sociedad internacional dentro de este modelo general del análisis. Esto no quiere decir que sólo exista ciencia social cuando se logre llegar a este conocimiento agotador. Se lo plantea más como un ideal científico que como una tarea inmediata.

1. Análisis del proceso productivo.

El punto de partida de un análisis de clase sería pues el análisis del proceso productivo, en el cual se puede distinguir:

a) El nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, tomado no solamente como un nivel de conocimiento tecnológico sino más bien en función de la aplicación de la tecnología al proceso productivo y del desarrollo de la división social y empresarial del trabajo. Todos estos temas son desarrollados hoy día por la sociología del trabajo y también por la antropología entre los pueblos primitivos, por la

historia de la tecnología, etc. Trátase de profundizar cada vez más los métodos de observación en este campo de modo que se amplíe la visión científica de este nivel.

b) El nivel de las relaciones de producción, que depende del anterior, pero que es al mismo tiempo su condicionante, pues las fuerzas productivas son desarrolladas por la sociedad, concretas y determinadas. A este nivel cabe analizar los componentes generales de la división social del trabajo según la función de estos agregados (trabajadores manuales, no manuales, de producción, de circulación, de comercialización, etc.) y de las relaciones de propiedad (propietarios de los medios de producción, de la fuerza de trabajo, etc.). Aquí entramos directamente en el análisis de clase, buscando caracterizarlas al nivel general de un determinado modo de producción o al nivel concreto de una estructura socioeconómica determinada.

c) Al complementar este análisis podemos diferenciar en la estructura social las clases básicas de la sociedad, las clases intermedias, en formación, o decadentes, los diversos sectores de clase, relacionándolos entre sí en un modo de producción o en una estructura social.

2. Análisis de los intereses sociales.

Al disponer de los elementos de las relaciones internas de estos agregados (relaciones de explotación, de dependencia, de función, etc.) como fuerzas materiales, podemos empezar el análisis de los intereses que les corresponde en el modo de producción o en la estructura social.

Al diferenciar los intereses, los ponemos en relación unos con otros como opuestos e interdependientes, pues sólo de esta forma podemos alcanzar la efectiva comprensión de su

significado. Por otro lado, sólo podemos comprender estos intereses desde un punto de vista dinámico en que el conflicto y las contradicciones entre ellos provocan una dinámica de la sociedad, una lucha de clases.

Es necesario diversificar el análisis en los subintereses de los varios sectores de clase, de las élites políticas o económicas y de los varios subgrupos que participan de una estructura social. A este nivel debemos introducir elementos más concretos de la estructura social como la estructura de poder, la distribución del ingreso, la estructura demográfica, las jerarquías de estratos sociales y las formas de estratificación, las instituciones, etc.

Al disponer de este cuadro general podemos comprender a una estructura social desde un punto de vista dialéctico en que la estructura aparece como un resultado y un condicionante de las relaciones entre intereses sociales en contradicción.

3. Conciencia y psicología de clases.

A partir de la identificación de esta dinámica de intereses contradictorios en movimiento podemos identificar las tendencias que mueven a la formación de la conciencia de clase y las que constituyen la psicología de las clases. Y no sólo de las clases sino también de los sectores de clase y subgrupos y estratos sociales que diversifican la estructura de clase y la limitan.

A este nivel tenemos que combinar el análisis económico-social abstracto con la observación más directa. Para identificar las manifestaciones ideológicas, habría que perfeccionar las técnicas de análisis de texto cualitativas y cuan-

titativas sometiendo el análisis del texto al modelo de intereses previamente identificados de forma que analice las relaciones entre las manifestaciones ideológicas, las tendencias ideológicas básicas y su dinámica.

Otro tipo de trabajo poco desarrollado son los estudios de movimientos políticos, de opinión pública, huelgas, “*meetings*”, congresos, etc., que nos permitirían captar estos intereses en su movimiento complejo. Así también las encuestas con grupos y clases sociales (siempre dominando una buena técnica de análisis de actitudes y opiniones que no identifique afirmaciones prejuiciadas con actitudes reales) son otro elemento fundamental para identificar la psicología de las clases.

4. Integración del análisis.

Así el análisis se desarrolla en varios planos posibles. El plano del modo de producción, el más abstracto; el plano de la estructura social económica concreta, que supone la combinación de varios modos de producción y sus variaciones internas, y de la superestructura cultural e ideológica; por fin, el plano coyuntural que, como hemos señalado varias veces, conduce a la diversificación del comportamiento de las clases y grupos según las diversas situaciones coyunturales. El análisis de clase debe combinar todos estos planos para lograr su verdadera concreción científica.

El plantear la posibilidad de un análisis estructural y “modal”^[7] plantea el problema del papel de la conciencia en el desarrollo de la historia que se resume prácticamente en el problema de la previsión y del planeamiento. Si logramos

⁷ Usamos “modal” al referirnos a los modos posibles de relaciones dentro de un modo de producción.

no sólo prever el movimiento posible de determinados modos de producción y estructuras sociales, sino también el desarrollo posible de coyunturas determinadas podremos actuar sobre el momento socioeconómico y político de manera consciente y a través de los instrumentos apropiados. La ciencia social encuentra así su realización más perfecta. El análisis de la lucha de clases desarrollado en este conjunto de niveles y debidamente integrado sería el elemento clave para esta unión entre la teoría y la práctica.

Es interesante notar que este ideal científico se opone profundamente a una ciencia positivista que busca leyes generales válidas en sí mismas. Nuestro análisis de clase nos conduce exactamente a lo particular y busca leyes específicas y no generales. No es posible pues separar el análisis de clase de ciertas condiciones metodológicas que necesariamente supone.

ANEXOS

- 1) Las clases (C. Marx, El Capital, Cap. LII, Tercer tomo).
- 2) Tendencia histórica de la acumulación capitalista (El Capital, Capítulo xiv, Primer tomo).
- 3) La Ideología Alemana (Cap. I)
- 4) Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política.

TEXTO 1º.

LAS CLASES^[1]

Los propietarios de simple fuerza de trabajo, los propietarios de capital y los propietarios de tierras, cuyas respectivas fuentes de ingresos son el salario, la ganancia y la renta del suelo, es decir, los obreros asalariados, los capitalistas y los terratenientes, forman las tres grandes clases de la sociedad moderna, basada en el régimen capitalista de producción.

Es en Inglaterra, indiscutiblemente, donde más desarrollada se halla y en forma más clásica la sociedad moderna en su estructuración económica. Sin embargo, se presenta en toda su pureza esta división de la sociedad en clases. También en la sociedad inglesa existen fases intermedias y de transición que oscurecen en todas partes (aunque en el campo incomparablemente menos que en las ciudades) las líneas divisorias. Esto, sin embargo, es indiferente para nuestra investigación. Ya hemos visto que es tendencia constante y ley de desarrollo del régimen capitalista de producción el establecer un divorcio cada vez más profundo entre los medios de producción y el trabajo y el ir concentrando los medios de producción desperdigados en grupos cada vez mayores, es decir, el convertir el trabajo en trabajo asalariado y los medios de producción en capital. Y a esta tendencia corresponde, de otra parte, el divorcio de la propiedad territorial para formar una potencia aparte frente al capital y al

¹ Marx, Carlos; *El capital*, Capítulo LII, Tercer Tomo

trabajo^[2] o sea, la transformación de toda la propiedad del suelo para adoptar la forma de la propiedad territorial que corresponde al régimen capitalista de producción.

El problema inmediatamente se plantea es éste: ¿qué es una clase? La contestación a esta pregunta se desprende en seguida de la que demos a esta otra: ¿qué es lo que convierte a los obreros asalariados, a los capitalistas y a los terratenientes en factores de las tres grandes clases sociales?

Es, a primera vista, la identidad de sus rentas y fuentes de renta. Tratándose de tres grandes grupos sociales cuyos componentes, los individuos que los forman, viven respectivamente de un salario, de la ganancia o de la renta del suelo, es decir, de la explotación de su fuerza de trabajo, de su capital o de su propiedad territorial.

Es cierto que desde este punto de vista también los médicos y los funcionarios, por ejemplo, formarían dos clases, pues pertenecen a dos grupos sociales distintos, cuyos componentes viven de rentas procedentes de la misma fuente en cada uno de ellos. Y lo mismo podría decirse del infinito desperdigamiento de intereses y posiciones en que la división del trabajo social separa tanto a los obreros como a los capitalistas y a los terratenientes, a estos últimos, por ejemplo, en propietarios de viñedos, propietarios de tierras de

² F. List observa acertadamente: “El régimen predominante de las grandes finanzas cultivadas por cuenta propia sólo demuestra la ausencia de civilización, de medios de comunicación, de industrias nacionales y de ciudades ricas. Por eso encontramos generalizado este régimen en Rusia, Polonia, Hungría, Medemburgo. Antiguamente, era también predominante en Inglaterra, pero al aparecer el comercio y la industria las grandes fincas se desintegraron en explotaciones de tipo mediano y se impuso el régimen de arriendos” (*Die Ackercerfassung, die Zwegwirtschaft und die Auswanderung*, 1842, p. 10).

labor, propietarios de bosques, propietarios de minas, de pesquerías, etc.

[Al llegar aquí se interrumpe el manuscrito (F.E.)].

TEXTO 2°

TENDENCIA HISTÓRICA DE LA ACUMULACIÓN CAPITALISTA^[1]

¿A qué tiende la acumulación originaria del capital, es decir, su génesis histórica? Cuando no se limita a convertir directamente al esclavo y al siervo de la gleba en obrero asalariado, determinando por tanto un simple cambio de forma, la acumulación originaria significa pura y exclusivamente la expropiación del productor directo, o lo que es lo mismo, la destrucción de la propiedad privada basada en el trabajo. La propiedad privada, por oposición a la propiedad social, colectiva, sólo existe allí donde los instrumentos de trabajo y las condiciones externas de éste pertenecen en propiedad a los particulares. Pero el carácter de la propiedad privada es muy distinto según que estos particulares sean obreros o personas que no trabajen. Las infinitas modalidades que a primera vista presenta este derecho son todas situaciones intermedias que oscilan entre estos dos extremos.

La propiedad privada del trabajador sobre sus medios de producción es la base de la pequeña industria y ésta una condición necesaria para el desarrollo de la producción social y de la libre individualidad del propio trabajador. Ciertamente es que este sistema de producción existe también bajo la esclavitud bajo la servidumbre de la gleba y en otros regímenes de anulación de la personalidad. Pero sólo florece, sólo despliega todas sus energías, sólo conquista su forma

¹ Marx, Carlos; *El Capital*, Capítulo XXIV, Primer Tomo

clásica adecuada allí donde el trabajador es propietario libre de las condiciones de trabajo manejadas por él mismo: el campesino dueño de la tierra que trabaja, el artesano dueño del instrumento que maneja como un virtuoso.

Este régimen supone la diseminación de la tierra y de los demás medios de producción. Excluye la concentración de éstos, y excluye también la cooperación, la división del trabajo dentro de los mismos procesos de producción, la conquista y regulación social de la naturaleza, el libre desarrollo de las fuerzas sociales productivas. Sólo es compatible con los estrechos límites elementales, primitivos, de la producción y la sociedad. Querer eternizarlo equivaldría, como acertadamente dice Peoqueur, a “decretar la mediocridad general”. Al llegar a un cierto grado de progreso, él mismo alumbraba los medios materiales para su destrucción. A partir de este momento, en el seno de la sociedad se agitan fuerzas y pasiones que se sienten cohibidas por él. Hácese necesario destruirlo, y es destruido. Su destrucción, la transformación de los medios de producción individuales y desperdigados en medios sociales y concentrados de producción, y, por tanto, de la propiedad raquílica de muchos en propiedad gigantesca de pocos, a lo que es lo mismo, la expropiación que priva a la gran masa del pueblo de la tierra y de los medios de vida e instrumentos de trabajo, esta espantosa y difícil expropiación de la masa del pueblo, forma la prehistoria del capital. Abarca toda una serie de métodos violentos, entre los cuales sólo hemos pasado revista aquí, como métodos de acumulación originaria del capital, a los más importantes y memorables. La expropiación del productor directo se lleva a cabo con el más despiadado vandalismo y bajo el acicate de las pasiones más infames, más sucias, más mezquinas y más odiosas. La propiedad privada fruto del

propio trabajo y basada, por así decirlo, en la compenetración del obrero individual e independiente con sus condiciones de trabajo, es devorada por la propiedad privada capitalista, basada en la explotación de trabajo ajeno, aunque formalmente libres.[²]

Una vez que este proceso de transformación corroe suficientemente, en profundidad y en extensión, la sociedad antigua; una vez que los trabajadores se convierten en proletarios y sus condiciones de trabajo en capital; una vez que el régimen capitalista de producción se mueve ya por sus propios medios, el rumbo ulterior de la socialización del trabajo y de la transformación de la tierra y demás medios de producción en medio de producción explotados socialmente, es decir, colectivos, y, por tanto, la marcha ulterior de la expropiación de los propietarios privados, cobra una forma nueva. Ahora ya no se trata de expropiar al trabajador independiente sino de expropiar al capitalista explotador de numerosos trabajadores.

Esta expropiación la lleva a cabo el juego de las leyes inmanentes de la propia producción capitalista, la centralización de los capitales. Cada capitalista desplaza a otros muchos. Paralelamente con esta centralización del capital o expropiación de muchos capitalistas por unos pocos, se desarrolla en una escala cada vez mayor la forma cooperativa del proceso de trabajo, la aplicación técnica consciente de la ciencia. La explotación sistemática y organizada de la tierra, la transformación de los medios de trabajo en medios de trabajo utilizables sólo colectivamente, la economía de

² "Nos hallamos en una situación totalmente nueva en la sociedad.... Aspiramos a separar toda clase de propiedad de toda clase de trabajo" (Nouveaux, Sismondi; *Principe de l'Economie Politique*, t II, p. 434).

todos los medios de producción al ser empleados como medios de producción de un trabajo combinado, social, la absorción de todos los países por la red del mercado mundial y, como consecuencia de esto, el carácter internacional del régimen capitalista. Conforme disminuye progresivamente el número de magnates capitalistas que usurpan y monopolizan este proceso de transformación, crece la masa de la miseria, de la opresión, del esclavizamiento de la degeneración, de la explotación; pero crece también la rebeldía de la clase obrera, cada vez más numerosa y más disciplinada, más unida y más organizada por el mecanismo del mismo proceso capitalista de producción. El monopolio del capital se convierte en grillete del régimen de producción que ha crecido con él y bajo él. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan a un punto en que se hacen incompatibles con su envoltura capitalista. Esta salta hecha añicos. Ha sonado la hora final de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados.

El sistema de apropiación capitalista que brota del régimen capitalista de producción y por tanto la propiedad privada capitalista, es la primera negación de la propiedad privada individual, basada en el propio trabajo. Pero la producción capitalista engendra, con la fuerza inexorable de un proceso natural, su primera negación. Es la negación de la negación. Esta no restaura la propiedad privada y destruida, sino una propiedad individual que recoge los progresos de la era capitalista: una propiedad individual basada en la cooperación y en la posesión colectiva de la tierra y de los medios de producción producidos por el propio trabajo.

La transformación de la propiedad privada dispersa y basada en el trabajo personal del individuo en propiedad privada capitalista fue, naturalmente, un proceso muchísimo más lento, más duro y más difícil, que será la transformación de la propiedad capitalista, que en realidad descansa ya sobre métodos sociales de producción, en propiedad social. Allí, se trataba de la expropiación de la masa del pueblo por unos cuantos usurpadores; aquí, de la expropiación de unos cuantos usurpadores por la masa del pueblo^[3].

³ "Los progresos de la industria cuyo agente ciego y pasivo es la burguesía, hacen que el aislamiento de los obreros por la concurrencia sustituya su unión revolucionaria por la asociación. Por eso, conforme avanza la gran industria, la burguesía siente vacilar bajo sus pies el terreno sobre el que produce y se apropia la producido. La burguesía produce, ante todo, a sus propios enterradores. Su ruina y el triunfo del proletariado son igualmente inevitables... De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, no hay más clase verdaderamente revolucionaria que una: el proletariado. Las demás clases agonizan y perecen con la gran industria, el proletariado es el producto más genuino de ésta. Las clases medias, el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino, todos luchan contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia como clases medias... son reaccionarias, pues empeñan en volver atrás la rueda de la historia"

(Marx, Carlos y Engels, F, *Manifiesto del Partido Comunista*, Londres 1848, pp. 9 y 11).

TEXTO 3°

LA IDEOLOGÍA ALEMANA [1]

Nos encontramos, pues, con el hecho de que determinados individuos que, como productores, actúan de un determinado modo, contraen entre sí estas relaciones sociales y políticas determinadas. La observación empírica tiene necesariamente que poner de relieve en cada caso concreto, empíricamente y sin ninguna clase de falsificación, la trabazón existente entre la organización social y política y la producción. La organización social y el Estado brotan constantemente del proceso de vida de determinados individuos; pero de estos individuos, no como puedan presentarse ante la imaginación propia o ajena, sino tal y como realmente son; es decir, tal y como actúan y como producen materialmente y, por tanto, tal y como desarrollan sus actividades bajo determinados límites, premisas y condiciones materiales, independientes de su voluntad.

La producción de las ideas y representaciones de la conciencia, aparece al principio directamente entrelazada con la actividad material y el comercio material de los hombres, como el lenguaje de la vida real. Las representaciones, los pensamientos, el comercio espiritual de los hombres se presentan todavía, aquí como emanación directa de su comportamiento material. Y lo mismo ocurre con la producción espiritual, tal y como se manifiesta en el lenguaje de la política, de las leyes, de la moral, de la religión, de la metafísica, etc., de un pueblo. Los hombres son los productores

¹ Marx, Carlos y Engels, Federico; *La ideología alemana*, Capítulo I

de sus representaciones, de sus ideas, etc., pero los hombres reales y actuantes, tal como se hallan condicionados por un determinado desarrollo de sus fuerzas productivas por el intercambio que a él corresponde, hasta llegar a sus formaciones más amplias. La conciencia no puede ser nunca otra cosa que el ser consciente, y el ser de los hombres es su proceso de vida real. Y si en toda la ideología los hombres y sus relaciones aparecen invertidos como una cámara oscura, este fenómeno responde a su proceso histórico de vida, como la inversión de los objetos al proyectarse sobre la retina responde a su proceso de vida directamente físico.

Totalmente al contrario de lo que ocurre en la filosofía alemana, que desciende del cielo sobre la tierra, aquí se asciende de la tierra al cielo. Es decir, no se parte de lo que los hombres dicen, se representan o se imaginan, ni tampoco del hombre predicado, pensado, representado o imaginado, para llegar, arrancando de aquí, al hombre de carne y hueso; se parte del hombre que realmente actúa y, arrancando de su proceso de vida real, se expone también el desarrollo de los reflejos ideológicos y de los ecos de este proceso de vida. También las formaciones nebulosas que se condensan en el cerebro de los hombres son sublimaciones necesarias de su proceso material de vida, proceso empíricamente registrable y sujeto a condiciones materiales. La moral, la religión, la metafísica y cualquier otra ideología y las formas de conciencia que a ellas corresponden pierden, así, la apariencia de su propia sustantividad. No tienen su propia historia ni su propio desarrollo, sino que los hombres que desarrollan su producción material y su intercambio material cambian también, al cambiar esta realidad, su pensamiento y los productos de su pensamiento. No es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia. Desde el primer punto de vista, se

parte de la conciencia como del individuo viviente; desde el segundo punto de vista, que es el que corresponde a la vida real, se parte del mismo individuo real viviente y se considera la conciencia solamente como su conciencia.

Y este modo de considerar las cosas no es algo incondicional. Parte de las condiciones reales y no las pierde de vista ni por un momento. Sus condiciones son los hombres, pero no vistos y plasmados a través de la fantasía, sino en su proceso de desarrollo real y empíricamente registrable, bajo la acción de determinadas condiciones. Tan pronto como se expone este proceso activo de vida, la historia deja de ser una colección de hechos muertos, como lo es para los empiristas, todavía abstractos, o una acción imaginaria de sujetos imaginarios, como para los idealistas.

Allí donde termina la especulación, en la vida real, comienza también la ciencia real y positiva, la exposición de la acción práctica, del proceso práctico de desarrollo de los hombres. Terminan allí las frases sobre la conciencia y pasa a ocupar su sitio el saber real. La filosofía independiente pierde, con la exposición de la realidad, el medio en que puede existir. En lugar de ella, puede aparecer, a lo sumo, un compendio de los resultados más generales, abstraído de la consideración del desarrollo histórico de los hombres. Estas abstracciones de por sí, separadas de la historia real, carecen de todo valor. Sólo pueden servir, para facilitar la ordenación del material histórico, para indicar la sucesión en serie de sus diferentes estratos. Pero no ofrecen en modo alguno, como la filosofía, una receta o un patrón con arreglo al cual puedan aderezarse las épocas históricas. Por el contrario, la dificultad comienza allí donde se aborda la consideración y ordenación del material, sea el de una época pasada o el del presente, la exposición real de las cosas. La eliminación de estas dificultades hállase condicionada por

premisas que en modo alguno pueden exponerse aquí, pues se derivan siempre del estudio del proceso de vida real y de la acción de los individuos en cada época. Destacaremos aquí algunas de estas abstracciones, para oponerlas a la ideología, ilustrándolas con algunos ejemplos históricos.

(I) Historia

Tratándose de los alemanes, situados al margen de toda premisa, debemos comenzar señalando que la primera premisa de toda existencia humana y también, por tanto, de toda historia, es que los hombres se hallen, para “hacer historia”, en condiciones de poder vivir.[²]

Ahora bien, para vivir hace falta comer, beber, alojarse bajo un techo, vestirse y algunas cosas más. El primer hecho histórico es, por consiguiente, la producción de los medios indispensables para la satisfacción de estas necesidades, es decir, la producción de la vida material misma, y no cabe duda de que es éste un hecho histórico, una condición fundamental de toda historia, que lo mismo hoy, que hace miles de años, necesita cumplirse todos los días y a todas horas, simplemente para asegurar la vida de los hombres. Y aun cuando la vida de los sentidos se reduzca al mínimo, a lo más elemental, como en San Bruno, este mínimo presupondrá siempre, necesariamente, la actividad de la producción. Por consiguiente, lo primero, en toda concepción histórica, es observar este hecho fundamental en toda su significación y en todo su alcance y colocarlo en un lugar que le corresponde. Cosa que los alemanes, como es sabido, no

² Marx, Carlos; *Glosario*; Hegel. *Condiciones geológicas, hidrográficas, etc. Los cuerpos humanos. Necesidad, trabajo.*

han hecho nunca, razón por la cual la historia jamás ha tenido en Alemania una base terrenal ni, consiguientemente, ha existido nunca aquí un historiador. Los franceses y los ingleses aún cuando concibieron de un modo extraordinariamente unilateral el entronque de este hecho con la llamada historia, ante todo mientras estaban prisioneros de la ideología política, hicieron, sin embargo los primeros intentos encaminados a dar a la historiografía una base materialista, al escribir las primeras historias de la sociedad civil del comercio y de la industria.

Lo segundo es que la satisfacción de esta primera necesidad, la acción de satisfacerla y la adquisición del instrumento necesario para ello, conduce a nuevas necesidades, y esta creación de necesidades nuevas constituye el primer hecho histórico. Y ello demuestra inmediatamente de quién es hija espiritual la gran sabiduría histórica de los alemanes, que, cuando les falta el material positivo y no vale chalar con necedades políticas ni literarias, no nos ofrecen ninguna clase de historia, sino que hacen desfilar ante nosotros los “tiempos prehistóricos”, pero sin detenerse a explicarnos cómo se pasa de este absurdo de la “prehistoria” a la historia en el sentido propio, aunque es evidente, por otra parte, que sus especulaciones históricas se lanzan con especial fruición a esta “prehistoria” porque en ese terreno creen hallarse a salvo de la injerencia de los “toscos hechos” y, al mismo tiempo, porque aquí pueden dar rienda suelta a sus impulsos especulativos y proponer y echar por tierra miles de hipótesis.

El tercer factor que aquí interviene de antemano en el desarrollo histórico es el que los hombres que renuevan diariamente su propia vida comienzan al mismo tiempo a crear a otros hombres, a procrear; es la relación entre hombre y mujer, entre padres e hijos, la *familia*. Esta familia, que al

principio constituye la única relación social, más tarde, cuando las necesidades, al multiplicarse, crean nuevas relaciones sociales y, a su vez, al aumentar el censo humano, brotan nuevas necesidades, pasa a ser (salvo en Alemania) una relación secundaria y tiene, por tanto, que tratarse de desarrollarse con arreglo a los datos empíricos existentes, y no ajustándose al “concepto de la familia” misma, como suele hacer en Alemania.[³]

Por lo demás, estos tres aspectos de la actividad social no

³ Construcción de viviendas. De suyo se comprende que, entre los salvajes, cada familia tiene su propia caverna o choza, como entre los nómadas ocupa cada una su tienda aparte. Y el desarrollo ulterior de la propiedad privada viene a hacer aún más necesaria esta economía doméstica separada. Entre los pueblos agrícolas, la economía doméstica común es tan imposible como el cultivo en común de la tierra. La construcción de ciudades representó un gran progreso. Sin embargo, en todos los períodos anteriores, la supresión de la economía aparte, inseparable de la abolición de la propiedad privada, resultaba imposible, entre otras cosas, porque no se daban las condiciones materiales para ello. La implantación de una economía doméstica colectiva presupone el desarrollo de la maquinaria, de la explotación de las fuerzas naturales y de muchas otras fuerzas productivas, por ejemplo de las conducciones de aguas, de la iluminación por gas, de la calefacción a vapor, etc., así como la supresión (de la contradicción) de la ciudad y el campo. Sin estas condiciones, la economía colectiva no representaría de por sí a su vez una nueva fuerza de producción, carecería de toda base material, descansaría sobre un fundamento puramente teórico; es decir, sería una pura quimera y se reduciría, en la práctica, a una economía de tipo conventual. Lo que podía llegar a conseguirse se revela en la agrupación en ciudades y en la construcción de casas comunes para determinados fines concretos (prisiones, cuarteles, etc.). Que la supresión de la economía aparte no puede separarse de la supresión de la familia, es algo evidente por sí mismo. (*Nota de Marx y Engels*).

deben considerarse como tres fases distintas, sino sencillamente como eso, como tres aspectos o, para decirlo a la manera alemana, como tres “momentos” que han existido desde el principio de la historia y desde el primer hombre y que todavía hoy siguen rigiendo en la historia.

La producción de la vida, tanto de la propia en el trabajo, como de la ajeno en la procreación, se manifiesta inmediatamente como una doble relación –de una parte, como una relación natural, y de otra como una relación social-; social, en el sentido de que por ella se entiende la cooperación de diversos individuos, cualesquiera que sean sus condiciones, de cualquier modo y para cualquier fin. De donde se desprende que un determinado modo de producción o una determinada fase industrial lleva siempre aparejado un determinado modo de cooperación o una determinada fase social, modo de cooperación que es, a su vez, una “fuerza productiva”; que la suma de las fuerzas productivas accesibles al hombre condiciona el estado social y que, por tanto, la “historia de la humanidad” debe estudiarse y elaborarse siempre en conexión con la historia de la industria y del intercambio.

Pero, asimismo es evidente que en Alemania no se puede escribir este tipo de historia, ya que los alemanes carecen, no sólo de la capacidad de concepción y del material necesario, sino también de la “certeza” adquirida a través de los sentidos, y que de aquel lado del Rin no es posible reunir experiencias, por la sencilla razón de que allí no ocurre ya historia alguna. Se manifiesta, por tanto, ya de antemano, una conexión materialista de los hombres entre sí, condicionada por las necesidades y el modo de producción y que es tan vieja como los hombres mismos; conexión que adopta constantemente nuevas formas y que ofrece, por consiguiente, una “historia”, aun sin que exista cualquier

absurdo político o religioso que también mantenga unidos a los hombres.

Solamente ahora, después de haber considerado ya cuatro momentos, cuatro aspectos de las relaciones históricas originarias, caemos en la cuenta de que el hombre tiene también “conciencia”.^[4] Pero tampoco ésta es de antemano una conciencia “pura”. El “espíritu” nace ya tarado con la maldición de estar “preñado” de materia, que aquí se manifiesta bajo la forma de capas de aire en movimiento, de sonidos, en una palabra, bajo la forma del lenguaje. El lenguaje es tan viejo como la conciencia: el lenguaje es la conciencia práctica, la conciencia real, que existe también para los otros hombres y que, por tanto, comienza a existir también para mí mismo; y el lenguaje nace, como la conciencia, de la necesidad, de los apremios del intercambio con los demás hombres. Donde existe una relación, existe para mí, pues el animal no se “comporta” ante nada ni en general podemos decir que tenga “comportamiento” alguno. Para el animal; sus relaciones con otros no existen como tales relaciones. La conciencia, por tanto, es ya de antemano un producto social, y lo seguirá siendo mientras existan seres humanos. La conciencia es, ante todo, naturalmente, conciencia del mundo *inmediato* y sensible que nos rodea y conciencia de los nexos limitados con otras personas y cosas, fuera del individuo consciente de sí mismo; y es, al mismo tiempo, conciencia de la naturaleza, que al principio se enfrenta al hombre como un poder absolutamente extraño, omnipotente e inexpugnable, ante el que los hombres se comportan de un modo puramente animal y que los amedrenta como el

⁴ Marx, Carlos; *Glosario*; Los hombres tienen historia porque se ven obligados a producir su vida y deben, además, producirla de un determinado modo; esta necesidad está impuesta por su organización física, y otro tanto ocurre con su conciencia.

ganado; es por tanto, una conciencia puramente animal de la naturaleza (religión natural).

Inmediatamente, vemos aquí que esta religión natural o este determinado comportamiento hacia la naturaleza se hallan determinados por la forma social, y a la inversa. En este caso, como en todos, la identidad entre la naturaleza y los hombres se manifiesta también de tal modo, que el comportamiento limitado de los hombres hacia la naturaleza condiciona el limitado comportamiento de unos hombres para con otros, y éste, a su vez, su comportamiento limitado hacia la naturaleza, precisamente porque la naturaleza apenas ha sufrido aún, ninguna modificación histórica. Y, de otra parte, la ciencia de la necesidad de entablar relaciones con los individuos circundantes es el comienzo de la conciencia de que el hombre vive, en general, dentro de una sociedad. Este comienzo es algo tan animal como la propia vida social en esta fase; es, simplemente, una conciencia gregaria y, en este punto, el hombre sólo se distingue del carnero por cuanto su conciencia sustituye al instinto o es el suyo un instinto consciente. Esta conciencia gregaria o tribal se desarrolla y perfecciona después, al aumentar la producción, al acrecentarse las necesidades y al multiplicarse la población, que es el factor sobre el que descansan los dos anteriores. De este modo se desarrolla la división del trabajo que originariamente no pasaba de la división del trabajo en el acto sexual y más tarde, de una división del trabajo introducida de un modo “natural” en atención a las dotes físicas (por ejemplo, la fuerza corporal), a las necesidades, las coincidencias fortuitas, etc.

La división del trabajo sólo se convierte en verdadera división a partir del momento en que se separan el trabajo físico

y el intelectual^[5]. Desde este instante, *puede* ya la conciencia imaginarse realmente que es algo más y algo distinto que la conciencia de la práctica existente, que representa *realmente* algo sin representar algo real; desde este instante, se halla la conciencia en condiciones de emanciparse del mundo y entregarse a la creación de la teoría “pura”, de la teología “pura”, la filosofía y la moral “puras”, etc. Pero, aun cuando esta teoría, esta teología, esta filosofía, esta moral, etc., se hallen en contradicción con las relaciones existentes, esto sólo podrá explicarse porque las relaciones sociales existentes se hallan, a su vez, en contradicción con la fuerza productiva existente; cosa que, por lo demás, dentro de un determinado círculo nacional de relaciones, podrá suceder también a pesar de que la contradicción no se dé en el seno de esta órbita nacional, sino entre esta conciencia nacional y la práctica de otras naciones; es decir entre la conciencia nacional y general de una nación^[6]. Por lo demás, es de todo punto indiferente lo que la conciencia por sí solo haga o emprenda, pues de toda esta escoria sólo obtendremos un resultado a saber: que estos tres momentos la fuerza productora, el estado social y la conciencia, pueden y deben necesariamente entrar en contradicción entre sí, ya que, con la división del trabajo, se da la posibilidad, más aún, la realidad de que las actividades espirituales y materiales, el disfrute y el trabajo, la producción y el consumo, se asignen a diferentes individuos, y la posibilidad de que no caigan en contradicción reside solamente en que vuelva a abandonarse la división del trabajo. Por lo demás, de suyo se comprende que los “espectros”, los “nexos”, los “entes

⁵ Marx, Carlos; *Glosario*; Pag. 87 La primera forma de los ideólogos, los sacerdotes, decae

⁶ Marx, Carlos; *Glosario*; (Religión). Los alemanes con la *ideología* en cuanto tal.

superiores”, los “conceptos”, los “reparos”, no son más que la expresión espiritual puramente idealista, la idea aparte del individuo aislado, la representación de trabas y limitaciones muy empíricas dentro de las cuales se mueve el modo de producción de la vida y la forma de intercambio congruente con él.

Con la división del trabajo, que lleva implícitas todas estas contradicciones y que descansa, a su vez, sobre la división natural del trabajo en el seno de la familia y en la división de la sociedad en diversas familias contrapuestas, se da, al mismo tiempo, la distribución y, concretamente, la distribución desigual, tanto cuantitativa como cualitativamente, del trabajo y de sus productos; es decir, la propiedad, cuyo primer germen, cuya forma inicial se contiene ya en la familia, donde la mujer y los hijos son los esclavos del marido. La esclavitud, todavía muy rudimentaria ciertamente latente en la familia, en la primera forma de propiedad, que, por lo demás, ya aquí corresponde perfectamente a la definición de los modernos economistas, según la cual es el derecho a disponer de la fuerza de trabajo de otros. Por lo demás, división del trabajo y propiedad privada son términos idénticos: uno de ellos dice, referido a la esclavitud, lo mismo que el otro, referido al producto de ésta.

La división del trabajo lleva aparejada, además, la contradicción entre el interés del individuo concreto o de una determinada familia y el interés común de todos los individuos relacionados entre sí, interés común que no existe, ciertamente, tan sólo en la idea, como algo “general”, sino que se presenta en la realidad, ante todo, como una relación de mutua dependencia de los individuos entre quienes aparece dividido el trabajo. Finalmente, la división del trabajo nos brinda ya el primer ejemplo de cómo, mientras los hombres viven en una sociedad natural, mientras se da, por

tanto, una separación entre el interés particular y el interés común, mientras las actividades, por consiguiente, no aparecen divididas voluntariamente, sino por modo natural, los actos propios del hombre se erigen ante él en un poder ajeno y hostil, que le sojuzga, en vez de ser él quien los domine. En efecto, a partir del momento en que comienza a dividirse el trabajo, cada cual se mueve en un determinado círculo exclusivo de actividades, que le es impuesto y del que no puede salirse: el hombre es cazador, pescador, pastor o crítico, y no tiene más remedio que seguirlo siendo, si no quiere verse privado de los medios de vida; al paso que en la sociedad comunista, donde cada individuo no tiene acotado un círculo exclusivo de actividades, sino que puede desarrollar sus aptitudes en la rama que mejor le parezca, la sociedad se encarga de regular la producción general, con lo que hace cabalmente posible que yo pueda dedicarme hoy a esto y mañana a aquello, que pueda por la mañana cazar, por la tarde pescar y por la noche apacentar el ganado, y después de comer, si me place, dedicarme a criticar, sin necesidad de ser exclusivamente cazador, pescador, pastor o crítico, según los casos. Esta plasmación de las actividades sociales, esta consolidación de nuestros propios productos en un poder material erigido sobre nosotros, sustraído a nuestro control, que levanta una barrera ante nuestra expectativa y destruye nuestros cálculos, es uno de los momentos fundamentales que se destacan en todo el desarrollo histórico anterior, y precisamente por virtud de esta contradicción entre el interés particular y el interés común, cobra el interés común, en cuanto *Estado*, una forma propia e independiente, separada de los reales intereses particulares y colectivos y, al mismo tiempo, como una comunidad ilusoria, pero siempre sobre la base real de los vínculos existentes, dentro de cada conglomerado familiar y tribal, tales como la carne y la sangre, la lengua, la división

del trabajo en mayor escala y otros intereses, y sobre todo, como más tarde habremos de desarrollar, a base de las clases, ya condicionadas por la división del trabajo, que se forman y diferencian en cada uno de estos conglomerados humanos y entre las cuales hay una que domina sobre todas las demás.

De donde se desprende que todas las luchas que se libran dentro del Estado, la lucha entre la democracia, la aristocracia y la monarquía, la lucha por el derecho de sufragio, etc., no son sino las formas ilusorias bajo las que se ventilan las luchas reales entre las diversas clases (de lo que los historiadores alemanes no tienen ni la más remota idea, a pesar de haberseles facilitado las orientaciones necesarias acerca de ello en los *Anales Franco-Alemanes* y en *La Sagrada Familia*). Y se desprende, asimismo, que toda clase que aspire a implantar su dominación, aunque ésta, como ocurren en el caso del proletariado, condicione en absoluto la abolición de toda la forma de la sociedad anterior y de toda dominación en general, tiene que empezar conquistando el poder político, para poder presentar su interés como el interés general, cosa a que en el primer momento se ve obligada.

Precisamente porque los individuos *sólo* buscan su interés particular, que para ellos no coincide con su interés común, y porque lo general es siempre la forma ilusoria de la comunidad; se hace valer esto ante su representación como algo “ajeno” a ellos e “independiente” de ellos, como un interés “general”, a su vez especial y peculiar, o ellos mismos tienen necesariamente que enfrentarse en esta escisión, como en la democracia. Por otra parte, la lucha *práctica* de estos intereses particulares que constantemente y de un modo real se enfrentan a los intereses comunes o que iluso-

riamente se creen tales, impone algo necesario la interposición *práctica* y el refrenamiento por el interés “general” ilusorio bajo la forma del Estado. El poder social, es decir, la fuerza de producción multiplicada, que nace por obra de la cooperación de los diferentes individuos bajo la acción de la división del trabajo, se les aparece a estos individuos, por no tratarse de una cooperación voluntaria, sino natural, no como un poder propio, asociado, sino como un poder ajeno, situado al margen de ellos, que no saben de dónde procede ni a dónde se dirige y que, por tanto, no pueden ya dominar, sino que recorre, por el contrario, una serie de fases y etapas de desarrollo peculiar e independiente de la voluntad y de los actos de los hombres y que incluso dirige esta voluntad y estos actos. Con ésta “*enajenación*”, para expresarnos en términos comprensibles para los filósofos, sólo puede acabarse partiendo de dos premisas *prácticas*. Para que se convierta en un poder “insoportable”, es decir en un poder contra el que hay que sublevarse, es necesario que engendre a una masa de la humanidad como absolutamente “desposeída” y, a la par con ello, en contradicción con un mundo existente de riquezas y de cultura, lo que presupone, en ambos casos, un gran incremento de la fuerza productiva, un alto grado de su desarrollo; y, de otra parte, este desarrollo de las fuerzas productivas (que entraña ya, al mismo tiempo, una existencia empírica dada en un plano *histórico-universal*, y no en la vida puramente local de los hombres) constituye también una premisa práctica absolutamente necesaria, porque sin ella sólo se generalizaría la *escasez* y, por tanto, con la *pobreza*, comenzaría de nuevo, a la par, la lucha por lo indispensable y se recaería necesariamente en toda la inmundicia anterior; y, además, porque sólo este desarrollo universal de las fuerzas productivas lleva consigo un intercambio *universal* de los hombres, en virtud de

lo cual, por una parte, el fenómeno de la masa “desposeída”, se produce simultáneamente en todos los pueblos (competencia general), haciendo que cada uno de ellos dependa de las conmociones de los otros y, por último, instituye a individuos *histórico- universales*, empíricamente mundiales, en vez de individuos locales. Sin esto, 1° el comunismo sólo llegaría a existir como fenómeno local; 2° las mismas potencias del intercambio no podrían desarrollarse como potencias *universales* y, por tanto, insoportables, sino que seguirían siendo simples “circunstancias” supersticiosas de puertas adentro, y 3° toda ampliación del intercambio acabaría con el comunismo local.

El comunismo, empíricamente, sólo puede darse como la acción “coincidente” o simultánea de los pueblos dominantes, lo que presupone el desarrollo universal de las fuerzas productivas y el intercambio universal que lleva aparejado. Como si no podría la propiedad por ejemplo, tener una historia, revestir diferentes formas, y la propiedad territorial, supongamos, según las diferentes premisas existentes, presionar en Francia para pasar de la parcelación a la centralización en pocas manos y en Inglaterra, a la inversa, de la concentración en pocas manos a la parcelación, como hoy realmente estamos viendo? ¿O cómo explicarse que el comercio, que no es sino el intercambio de los productos de diversos individuos y países, llegue a dominar el mundo entero mediante la relación entre la oferta y la demanda —relación que, como dice un economista inglés, gravita sobre la tierra como el destino de los antiguos, repartiendo con mano invisible la felicidad y la desgracia entre los hombres, creando y destruyendo imperios, alumbrando pueblos y haciéndolos desaparecer, mientras que, con la destrucción de la base, de la propiedad privada, con la regulación comunista de la producción y la abolición de la actitud en que los

hombres se comportan ante sus propios productos como ante algo extraño a ellos, el poder de la relación de la oferta y la demanda se reduce a la nada y los hombres vuelven a hacerse dueños del intercambio, de la producción y del modo de su mutuo comportamiento?

Para nosotros, el comunismo no es un estado que debe implantarse, un *ideal* al que haya de sujetarse la realidad. Nosotros llamamos comunismo al movimiento *real* que anula y supera al estado de cosas actual. Las condiciones de este movimiento se desprenden de la premisa actualmente existente., Por lo demás, la masa de los *simples* obreros –de la fuerza de trabajo excluida en masa del capital o de cualquier satisfacción por limitada que ella sea- y, por tanto, la pérdida no puramente temporal de este mismo trabajo como fuente segura de vida, presupone, a través de la competencia, el mercado mundial. Por tanto, el proletariado sólo puede existir en el plano histórico-mundial, lo mismo que el comunismo, su acción, sólo puede llegar a cobrar realidad como existencia histórico-universal. Existencia histórico-universal de los individuos, es decir, existencia de los individuos directamente vinculada a la historia universal.

La forma de intercambio condicionada por las fuerzas de producción existentes en todas las fases históricas anteriores y que, a su vez, las condiciona, es la *sociedad civil*, que, como se desprende de lo anteriormente expuesto, tiene como premisa y como fundamento la familia simple y la familia compuesta, lo que suele llamarse la tribu, y cuya naturaleza queda precisada en páginas anteriores. Ya ello revela que esta sociedad civil es el verdadero hogar y escenario de toda la historia y cuán absurda resulta la concepción histórica anterior que, haciendo caso omiso de las relaciones reales, sólo mira con su limitación, a las acciones resonantes de los jefes y del Estado. La sociedad civil

abarca todo el intercambio material de los individuos, en una determinada fase de desarrollo de las fuerzas productivas. Abarca toda la vida comercial e industrial de una fase y, en este sentido, trasciende de los límites del Estado y de la nación, si bien, por otra parte, tiene necesariamente que hacerse valer al exterior como nacionalidad y, vista hacia el interior, como Estado. El término de sociedad civil apareció en el siglo XVIII cuando ya las relaciones de propiedad se habían desprendido de los marcos de la comunidad antigua y medieval. La sociedad civil en cuanto tal, sólo se desarrolla con la burguesía; sin embargo, la organización social que se desarrolla directamente basándose en la producción y el intercambio, y que forma en todas las épocas la base del Estado y de toda otra supraestructura idealista, se ha designado siempre, invariablemente, con el mismo nombre.

.....

La historia no es sino la sucesión de las diferentes generaciones, cada una de las cuales explota los materiales, capitales y fuerzas productivas transmitidas por cuantas la han precedido; es decir, que, por una parte, prosigue en condiciones completamente distintas la actividad precedente, mientras que, por otra parte, modifica las circunstancias anteriores mediante una actividad totalmente diversa, lo que podría tergiversarse especulativamente, diciendo que la historia posterior es la finalidad de la que la precede, como si dijésemos, por ejemplo, que el descubrimiento de América tuvo como finalidad ayudar a que se expandiera la Revolución Francesa, interpretación mediante la cual la historia adquiere sus fines propios e independientes y se convierte

en una “persona junto a otras personas” (junto a la “autoconciencia”, la “Crítica”, el “Único”, etc.), mientras que lo que designamos con las palabras “determinación”, “fin”, “germen”, “idea”, de la historia anterior no es otra cosa que una abstracción de la historia posterior, de la influencia activa que la anterior ejerce sobre esta.

Cuanto más vayan extendiéndose, en el curso de esta evolución, los círculos concretos que influyen los unos en los otros, cuanto más vaya viéndose el primitivo aislamiento de las diferentes nacionalidades destruido por el desarrollo del modo de producción, del intercambio y de la división del trabajo que ello hace surgir por vía natural entre las diversas naciones, tanto más va la historia convirtiéndose en historia universal, y así vemos que cuando, por ejemplo, se inventa hoy una máquina en Inglaterra, son lanzados a la calle incontables obreros en la India y en China y se estremece toda la forma de existencia de estos países, lo que quiere decir que aquella invención constituye un hecho histórico-universal; y vemos también cómo el azúcar y el café demuestran en el siglo XIX su significación histórico-universal por cuanto la escasez de estos productos, provocada por el sistema continental napoleónico, incitó a los alemanes a sublevarse contra Napoleón, estableciéndose con ello la base real para las gloriosas guerras de independencia de 1813. De donde se desprende que esta transformación de la historia en historia universal no constituye, ni mucho menos, un simple hecho abstracto de la “autoconciencia”, del espíritu universal o de cualquier otro espectro metafísico, sino un hecho perfectamente material y empíricamente comprobable, del que puede ofrecernos un testimonio probatorio cualquier individuo, con sólo marchar por la calle y detenerse, comer beber y vestirse.

Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes

en cada época: o, dicho en otros términos, la clase ejerce el poder material dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante. La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se le someta, al propio tiempo, por término medio, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente. Las ideas dominantes no son otra cosa que la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes concebidas como ideas; por tanto, las relaciones que hacen de una determinada clase, la clase dominante son también las que confieren el papel dominante a sus ideas. Los individuos que forman la clase dominante tienen también, entre otras cosas, la conciencia de ello y piensan a tono con ello; por eso, en cuanto dominan como clase y en cuanto determinan todo el ámbito de una época histórica, se comprende de suyo que lo hagan en toda su extensión y, por tanto, entre otras cosas, también como pensadores, como productores de ideas, que regulen la producción y distribución de las ideas de su tiempo; y que sus ideas sean, por ellos mismo, las ideas dominantes de la época. Por ejemplo, en una época y en un país en que se disputan el poder, la corona, la aristocracia y la burguesía, en que, por tanto, se halla dividida la dominación, se impone como idea dominante la doctrina de la división de poderes, proclamada ahora como “ley eterna”. La división del trabajo, con que nos encontrábamos ya más arriba (págs. 32-35) como una de las potencias fundamentales de la historia anterior, se manifiesta también en el seno de la clase dominante como división del trabajo físico e intelectual, de tal modo que una parte de esta clase se revela como la que da sus pensadores (los ideólogos conceptivos activos de dicha clase, que hacen del crear la ilusión de esta

clase acerca de sí misma su rama de alimentación fundamental), mientras que los demás adoptan ante estas ideas e ilusiones una actitud más bien pasiva y receptiva, ya que son en realidad los miembros activos de esta clase y disponen de poco tiempo para formarse ilusiones e ideas acerca de sí mismos.

Puede incluso ocurrir que, en el seno de esta clase, el desdoblamiento a que nos referimos llegue a desarrollarse en términos de cierta hostilidad y de cierto encono entre ambas partes, pero esta hostilidad desaparece por sí misma tan pronto como surge cualquier colisión práctica susceptible de poner en peligro a la clase misma, ocasión en que desaparece, asimismo, la apariencia de que las ideas dominantes no son las de la clase dominante, sino que están dotadas de un poder propio, distinto de esta clase. La existencia de ideas revolucionarias en una determinada época presupone ya la existencia de una clase revolucionaria, acerca de cuyas premisas ya hemos dicho más arriba (págs. 34-37) lo necesario. Ahora bien, si, en la concepción del proceso histórico, se separan las ideas de la clase dominante de esta clase misma; si se las convierte en algo aparte e independiente; si nos limitamos a afirmar que en una época han dominado tales o cuales ideas, sin preocuparnos ni en lo mínimo de las condiciones de producción ni de los productores de estas ideas; si, por tanto, damos de lado a los individuos y a las situaciones universales que sirven de base a las ideas, podemos afirmar, por ejemplo, que en la época en que dominó la aristocracia imperaron las ideas del honor, la lealtad etc., mientras que la dominación de la burguesía representó el imperio de las ideas de la libertad, la igualdad, etc. Así se imagina las cosas, por regla general, la propia clase dominante.

Esta concepción de la historia, que prevalece entre todos los

historiadores desde el siglo XVIII, tropezará necesariamente con el fenómeno de que imperan ideas cada vez más abstractas, es decir, que se revisten cada vez más de la forma de lo general. En efecto, cada nueva clase que pasa a ocupar el puesto de la que dominó antes de ella se ve obligada para poder sacar adelante los fines que persigue, a presentar su propio interés como el interés común de todos los miembros de la sociedad, es decir, expresando esto mismo en términos ideales, a imprimir a sus ideas la forma de lo general, a presentar estas ideas como las únicas racionales y dotadas de vigencia absoluta. La clase revolucionaria aparece de antemano, ya por el solo hecho de contraponerse a una clase, no como clase, sino como representante de toda la sociedad, como toda la masa de la sociedad, frente a la clase única, a la clase dominante. Y puede hacerlo así, porque en los comienzos su interés se armoniza realmente todavía más con el interés común de todas las demás clases no dominantes y, bajo la opresión de las relaciones existentes, no ha podido desarrollarse aún como el interés específico de una clase especial^[7]. Su triunfo aprovecha también, por tanto, a muchos individuos de las demás clases que no llegan a dominar, pero sólo en la medida en que estos individuos se hallen ahora en condiciones de elevarse hasta la clase dominante. Cuando la burguesía francesa derrocó el poder de la aristocracia, hizo posible con ello que muchos proletarios se elevaran por encima del proletariado, pero sólo los que pudieron llegar a convertirse en burgueses. Por

⁷ Marx, Carlos; *Glosario*; Pag. 100 La generalidad corresponde: 1) a la clase contra el estamento; 2) a la competencia, al intercambio mundial, etc.; 3) al gran contingente numérico de la clase dominante; 4) a la ilusión de los intereses *comunes* (ilusión en un principio verdadera); 5) a la ilusión de los ideólogos y a la división del trabajo

eso, cada nueva clase instaure su dominación siempre sobre una base más extensa que la dominante con anterioridad a ella, lo que, a su vez, hace que, más tarde, se ahonde y agudice todavía más la contradicción de la clase no poseedora contra la ahora dotada de riqueza. Y ambos factores hacen que la lucha que ha de liberarse contra esta nueva clase dominante tienda, a su vez, a una negación más resuelta, más radical de los estados sociales anteriores que la que pudieron expresar todas las clases que anteriormente habían aspirado al poder.

Toda esta apariencia según la cual la dominación de una determinada clase no es más que la dominación de ciertas ideas, se esfuma, naturalmente, de por sí, tan pronto como la dominación de clases en general deja de ser la forma de organización de la sociedad; tan pronto como, por consiguiente, ya no es necesario presentar un interés particular como general o hacer ver que es “lo general” lo dominante.

Una vez que las ideas dominantes se desglosan de los individuos dominantes y, sobre todo, de las relaciones que brotan de una fase dada del modo de producción, lo que da como resultado que el factor dominante en la historia sean siempre las ideas, resulta ya muy fácil abstraer de estas diferentes ideas “la idea” por antonomasia, el principio, etc., como lo que impera en la historia, concibiendo así todos estos conceptos e ideas concretas como “autodeterminaciones” del principio que se desarrolla por sí mismo en la historia. Así consideradas las cosas, es perfectamente natural también que todas las relaciones existentes entre los hombres se deriven del concepto del hombre, del hombre imaginario, de la esencia del hombre, del hombre por antonomasia. Así lo ha hecho, en efecto, la filosofía especulativa. El propio Hegel confiesa, al final de su Filosofía de la His-

toria, que “sólo considera el desarrollo ulterior del concepto” y que ve y expone en la historia la “verdadera teodicea” (pág. 446). Pero, cabe remontarse, a su vez a los productores “del concepto”, a los teóricos, ideólogos y filósofos, y se llegará entonces al resultado de que los filósofos, los pensadores como tales, han dominado siempre en la historia resultado que, en efecto, según veremos, ha sido proclamado ya por Hegel. Por tanto, todo el truco que consiste en demostrar el alto imperio del espíritu en la historia (de la jerarquía, en Stirner) se reduce a los tres esfuerzos siguientes:

1° Desglosar las ideas de los individuos dominantes, que dominan por razones empíricas, bajo condiciones empíricas y como individuos materiales, de estos individuos dominantes, reconociendo con ello el imperio de las ideas o las ilusiones en la historia.

2° Introducir en este imperio de las ideas un orden, demostrar la existencia de un trabazón mística entre las ideas sucesivamente dominantes, lo que se logra concibiéndolas como “autodeterminaciones del concepto” (lo que es posible porque estas ideas, por medio del fundamento empírico sobre que descansan, forman realmente una trabazón y porque, concebidas como *meras* ideas, se convierten en auto-distinciones, en distinciones establecidas por el propio pensamiento).

3° Para eliminar la apariencia mística de este “concepto que se determina a sí mismo”, se le convierte en una persona – “la autoconciencia”- o, si se quiere aparecer como muy materialista, en una serie de personas representantes “del concepto” en la historia, en “los pensadores”, los “filósofos”, los ideólogos, concebidos a su vez como los fabricantes de la historia, como el “Consejo de los Guardianes”, como las

potencias dominantes.[⁸] Con lo cual habremos eliminado de la historia todos los elementos materialistas y podremos soltar tranquilamente las riendas al potro especulativo.

Mientras que en la vida vulgar y corriente todo *shopkeeper*[⁹] sabe perfectamente distinguir entre lo que alguien dice ser y lo que realmente es, nuestra historiografía no ha logrado todavía penetrar en un conocimiento tan trivial como éste. Cree a cada época por su palabra, por lo que ella dice acerca de sí misma y lo que se figura ser.

Este método histórico, que en Alemania ha llegado a imperar y a florecer, debe desarrollarse en relación con las ilusiones de los ideólogos en general, por ejemplo, con las ilusiones de los juristas y los políticos (incluyendo entre éstos los estadistas prácticos), en relación con las ensoñaciones y tergiversaciones románticas de estos individuos, las cuales se explican de un modo muy sencillo por su posición práctica en la vida, por sus negocios y por la división del trabajo.

⁸ Marx, Carlos; *Glosario*; El hombre = el “espíritu humano pensante”

⁹ Tendero, (N. del ed.).

TEXTO 4°

PRÓLOGO A CONTRIBUCIÓN A LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

Mis investigaciones desembocan en el resultado que sigue:[¹]

Tanto las relaciones jurídicas como las formas de Estado no pueden comprenderse por sí mismas ni por la llamada evolución general del espíritu humano, sino que radican, por el contrario, en las condiciones materiales de vida cuyo conjunto resume Hegel, siguiendo el precedente de los ingleses y franceses del siglo XVIII, bajo el nombre de “sociedad civil”, y que la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la economía política. En Bruselas, a donde me trasladé en virtud de una orden de destierro dictada por el señor Guizot, hube de proseguir mis estudios de economía política, comenzados en París. El resultado general a que llegué y que, una vez obtenido, sirvió de hilo conductor a mis estudios, puede resumirse así: en la producción social de su existencia, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se eleva un edificio (*Uberbau*) jurídico y político y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo

¹ Marx, Carlos; *Contribución a la crítica de la economía política*, prólogo.

de producción de la vida material determina (*bedingen*) el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia. Al llegar a una fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones de producción existentes, o, lo que es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, todo el inmenso edificio erigido sobre ella. Cuando se estudian esas revoluciones, hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo y del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de revolución por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción. Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayn madurado en el seno de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, pues, bien miradas las cosas, vemos siempre que estos objetivos sólo brotan cuando ya se dan o,

por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización. A grandes rasgos, podemos designar como otras tantas épocas progresivas de la formación económica de la sociedad, el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso social de producción; antagónica no en el sentido de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que proviene de las condiciones sociales de vida de los individuos. Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa, brinda, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo. Con esta formación social se cierra, por tanto, la prehistoria de la sociedad humana.

